

ESTRUCTURA I CANVI EN LES SOCIETATS CONTEMPORÀNIES

Codi 34405. GRUP A

DOSSIER LECTURES

Curs acadèmic: 2012-2013

Professor: Francisco Torres

Unitat Temàtica 1: El canvi social

Nisbert, Robert (1991): *Historia de la idea de progreso*, Madrid, Gedisa. Introducció. Pags. 17-26.

Benjamin, Walter (1989) [1972]: *Discursos Interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*, Buenos Aires, Taurus. Tesis sobre la filosofía de la historia. Pags. 183- 187.

Unitat Temàtica 2: La sociologia clàssica del canvi social (I)

Marx, Karl y Engels, Frederick (1981) [1848]: *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, Editorial Ayuso.

Sección I. Burgueses y proletarios.

Marx, Karl (1981) [1859]: "Prologo a la contribución a la crítica de la economía política", en Marx, K. y Engels, F., *Obras escogidas*. Tomo I, Moscu, Editorial Progreso.

Unitat Temàtica 4: Factors i actors del canvi. Desenvolupaments moderns de plantejaments clàssics.

Sobre el 15-M:

Machado Montoya, Rafael. (2011): "Movimiento 15-M: ¿Revolución o Cambio Social?", *Spanish Evolution*, 20 de mayo.

Gallardo, Juanjo. (2011): "15M, ¿Grupo de presión o germen de un cambio social?", *Rebelión*, España, La indignación toma las plazas. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=130926>

Asamblea de Las Rozas y diversos Grupos de Trabajo de Sol. (2011): "13N – CAMBIO DE MODELO YA – Movilización Estatal – manifiesto completo", 16 de octubre. <http://madrid.tomalaplaza.net/2011/10/16/13n-manifiesto-completo/>

Fukuyama, Francis: "¿El fin de la historia?", *El País*, 24-09-1989 y "Pensando sobre el fin de la historia diez años después", *El País*, 17-06-1999; en Aguilar, S., *Orden i desordre. Manual d'estructura i canvi de les societats. Volum I: Dades, interpretacions, teories, Hacer*, Barcelona, 2001. Págs. 237-239 (Excurs 7.2.).

Fukuyama, Francis. (1990): "¿El fin de la historia?", *Estudios Públicos, Revista de Políticas Públicas*, nº 37, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, Chile. Págs. 7-15. www.cepchile.cl/dms/archivo_1052_1200/rev37_fukuyama.pdf

Unitat Temàtica 5: El canvi i l'estudi del canvi en les societats avançades

Castilla, Emilio (1992): "Para la investigación de estructuras grandes, procesos amplios y comparaciones enormes", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)* 60, pp. 129-149.

(Reseña del libro de Tilly, Charles (1991) [1984]: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza)

Langlois, Simon y Glatzer, Wolfgang (2001): "Tendencias particulares y comunes en las sociedades industrializadas avanzadas. Cartografía comparada del cambio social", en Durán, M^a Ángeles et al (coords), *Estructura y cambio social*, Madrid, CIS.

INTRODUCCION

Nisbert, Robert (1991): *Historia de la idea de progreso*, Madrid, Gedisa.

Introducción. Pags. 17-26.

It is Almost the Year Two Thousand

To start the world of old
We had one age of gold
Not laboured out of mines,
And some say there are signs,
The second such has come,
The true Millennium,
The final golden glow
To end it. And if so
(and science ought to know)
We may well raise our heads
From weeding garden beds
And annotating books
To watch this end de luxe.

ROBERT FROST

(Ya es casi el año dos mil. // Empezó el mundo antiguo / con una edad de oro / que no hacía falta trabajar en las minas, / y dicen algunos que hay signos / de que está llegando otra era igual, / el auténtico Milenio, / el dorado fulgor final / con que acabará el mundo. Si es así / (y si lo dice la ciencia será verdad) / bien podríamos levantar la mirada / de los jardines que cuidamos / y los libros que anotamos / para contemplar este suntuoso final.)

No hay duda de que, por su carácter de Nuevo Milenio, el año 2000 suscitará un interés cara vez más amplio e

intenso a medida que se acerque, tanto desde el punto de vista científico, erudito e intelectual como desde el popular, y que este interés no se centrará sólo en el año en sí sino también en la cuestión del progreso de la humanidad. Ya han empezado a sonar algunas preguntas: ¿cómo será la vida en Occidente el año 2000? ¿Nos aguarda una Edad de Oro, o estamos en un proceso de degeneración y condenados a una era tenebrosa? ¿Qué es lo que define el progreso, los elementos morales y espirituales o la riqueza material? ¿No será acaso la pobreza material el signo del auténtico progreso? Esto último es lo que han afirmado algunos pensadores a lo largo de la historia de Occidente, y también lo que opinan algunos teóricos en la actualidad. Hay sin embargo otra corriente que apunta en otro sentido, la que iniciaron en la Grecia antigua Jenófanes y Protágoras, y que concibe el progreso como algo inextricablemente vinculado a los efectos de la acumulación de conocimientos. A lo largo de casi toda la historia de Occidente, e incluso en la Edad Media, el respeto que se siente por la razón, el conocimiento y la ciencia es tal, que resulta casi inevitable que los criterios que juzgan el progreso humano derive de estos valores. Pero en el siglo xx todo cambia. Porque nunca hasta hoy se habían dado en la escala que ahora vivimos fenómenos como la rebeldía contra la ciencia y el racionalismo, el cultivo del irracionalismo en diversas formas, tanto religiosas como seculares, y el asombroso desarrollo del subjetivismo, de la preocupación casi exclusiva de los individuos por su propio yo y sus placeres. ¿Es posible que la idea de progreso llegue a ser totalmente erradicada del campo intelectual por la acción conjunta de las diversas fuerzas peyorativas que afirman que las civilizaciones tienen un desarrollo cíclico y que la nuestra corre ahora precipitadamente hacia su crepúsculo?

Este libro no pretende encontrar respuestas directas a estas obsesiones preguntas, aunque me gustaría crear que he arrojado un poco de luz sobre estos campos mientras perseguía el objetivo que en realidad se propone mi texto, que no es otro que hacer una sencilla historia de la idea de progreso desde Grecia hasta la actualidad. Durante más de veinticinco siglos los filósofos, los científicos, los historiadores y los teólogos han estudiado, con mayor

o menor interés, esta idea y también, naturalmente, la opuesta, la que niega el progreso para hablar de la degeneración o la repetición cíclica. Es cierto sin embargo, tal como demuestro en este libro, que la fe en el progreso ha sido la tendencia dominante a lo largo de la historia. Se ha dicho muchas veces que vivimos sometidos a la fascinación que en nosotros provocan las ideas, sean éstas buenas o malas, verdaderas o falsas. Por mucho que creamos que respondemos directamente a los acontecimientos y los cambios de la historia de las instituciones, en realidad nuestra reacción es indirecta, porque siempre está mediatizada por las posibilidades de comprensión—que nos dan las ideas que tenemos en el momento en que tales hechos se producen. Los hechos sólo llegan a ser reales o asimilables gracias a esas ideas.

Durante unos tres mil años no ha habido en Occidente ninguna idea más importante, y ni siquiera quizás tan importante, como la idea de progreso. Ha habido otras fundamentales, como las de libertad, justicia, igualdad, comunidad, etc. No pretendo subvalorarlas, pero es necesario recalcar que a lo largo de la mayor parte de la historia de Occidente, por debajo de estas últimas ideas subyace otra, una filosofía de la historia que da una importancia fundamental al pasado, el presente y el futuro. Para que llegue a adquirir auténtica importancia, para que obtenga el mínimo de crédito imprescindible para ser eficaz, todo valor moral o político tiene que llegar a ser algo más que una cosa que se desea o se considera deseable; es necesario que llegue a ser entendido como un elemento esencial del cambio histórico, desde el pasado hacia el futuro, pasando por el presente, porque sólo así abandona el terreno de lo que sería de desear para entrar en el de la necesidad histórica.

Para decirlo lo más sencillamente posible, *la idea de progreso sostiene que la humanidad ha avanzado en el pasado —a partir de una situación inicial de primitivismo, barbarie o incluso nulidad— y que sigue y seguirá avanzando en el futuro.* J. B. Bury lo dice con una frase muy acertada: la idea del progreso es una síntesis del pasado y una profecía del futuro. Es una idea inseparable de otra según la cual el tiempo fluye de modo unilinear. En *Primitivism and Related Ideas in Antiquity* (La idea del pri-

mitivismo y otras ideas afines en la antigüedad), Arthur O. Lovejoy afirma que la idea de progreso supone «por un lado una valoración del proceso histórico en general, y por otro, una valoración de la tendencia predominante en ese proceso». La consecuencia, sigue diciendo Lovejoy, de esta conciencia del proceso histórico es la extendida creencia en que «la naturaleza o el hombre tienen una tendencia intrínseca a pasar por una serie de fases de desarrollo a través de su historia, de su pasado, su presente y su futuro. Pese a las desaceleraciones y regresiones que pueda haber, las últimas fases son superiores a las primeras». Cabe añadir que lo corriente es que además exista una creencia en que estas fases se siguen unas a otras sin solución de continuidad, y que los cambios son graduales, naturales y hasta, para algunos, inexorables. No se entiende el progreso como producto del simple capricho o de meros accidentes, sino como parte del plan mismo de las cosas en el universo y la sociedad. El paso de lo inferior a lo superior es entendido como un hecho tan real y cierto como cualquier ley de la naturaleza.

Las diferencias empiezan cuando se trata de dar un contenido a la noción de progreso. ¿Qué se entiende por «avanzar»? A lo largo de estos veinticinco siglos encontramos dos clases de respuestas estrechamente relacionadas pero distintas. Para algunos autores el progreso consiste de hecho en el lento y gradual perfeccionamiento del saber en general, de los diversos conocimientos técnicos, artísticos y científicos, de las múltiples armas con que el hombre se enfrenta a los problemas que plantea la naturaleza o el esfuerzo humano por vivir en sociedad. Desde Hesíodo, y con mayor intensidad desde Protágoras, pasando por romanos como Lucrecio y Séneca, por San Agustín y sus descendientes medievales y modernos, y los puritanos del siglo xvii, hasta llegar a los grandes profetas del progreso de los siglos xix y xx, como Saint-Simon, Comte, Hegel, Marx y Herbert Spencer, podemos constatar la presencia de una convicción casi omnipresente según la cual el carácter mismo del conocimiento —del conocimiento objetivo como el de la ciencia y la tecnología— consiste en avanzar, mejorar y perfeccionarse.

La otra respuesta o tendencia que aparece en la historia de la idea de progreso se centra más bien en la situación

moral o espiritual del hombre en la tierra, en su felicidad, su capacidad para liberarse de los tormentos que le infligen la naturaleza y la sociedad, y por encima de todo en su serenidad o su tranquilidad. Para esta corriente el objetivo del progreso, el criterio del avance, es la consecución en la tierra de esas virtudes morales o espirituales y, en último término, el perfeccionamiento cada vez mayor de la naturaleza humana. Ha habido, hay, y, sin duda, seguirá habiendo, quienes creen que estas dos tendencias están en relación inversa, es decir que para alcanzar la felicidad espiritual y el perfeccionamiento moral es necesario que *no* aumenten los conocimientos que tiene el hombre sobre el hombre mismo y el mundo sino que, por el contrario, tales conocimientos sean repudiados. Saber es pecar, o echar los cimientos del pecado. En la leyenda griega de la caja de Pandora se enseña esta lección; todos los males morales de la tierra tuvieron su origen en el irreprimible deseo de Pandora de conocer el contenido de la caja que, por orden divina, tenía prohibido abrir. Cuando la abrió salieron de su interior los monstruos de la avaricia, la codicia, la crueldad, la enfermedad y otros. Otro mito aún más famoso es el mito judío del Jardín del Edén, en el que Adán y Eva, inocentes al principio, echan a perder su felicidad por culpa de su insaciable deseo de conocimientos. En todas las eras posteriores de la historia de Occidente ha habido siempre una u otra variante de esta opinión según la cual existe una relación inversamente proporcional entre felicidad y conocimiento. En *A Study of History* (Estudio de la historia) A. J. Toynbee afirma que basta detectar la aparición de un momento de avance tecnológico para estar seguro de que al mismo tiempo se está dando una decadencia desde el punto de vista moral.

Pero aunque esta idea sea antigua y se haya repetido multitud de veces, nunca ha sido aceptada por la totalidad de los intelectuales de ninguna época determinada. En las épocas clásica y cristiana ha habido pensadores convencidos de que hubo al principio de los tiempos una edad de oro a la que siguió una degeneración. Pero en las páginas que siguen veremos que también hubo griegos y romanos que creían lo contrario, que los comienzos de la humanidad fueron desgraciados y que la salvación sólo era

posible mediante un *aumento* de los conocimientos. También ha habido hombres que han pensado de esta otra manera en los comienzos del cristianismo, durante el medioevo y sobre todo en la época moderna.

Es evidente que no se puede verificar empírica o lógicamente una proposición como la de la idea de progreso tal como acabamos de formularla más arriba. Sí puede afirmarse, en cambio, que el arte de la medicina o la guerra han avanzado. Poseemos medios perfectamente objetivos para estudiar los resultados obtenidos a lo largo de la historia por los diversos medios utilizados a fin de lograr el propósito de cada una de esas artes: curar enfermedades y salvar vidas, y destruir lo más eficaz y completamente posible a los enemigos. La penicilina es superior a otros remedios anticuados como la sangría y la aplicación de sanguijuelas, y éste es un hecho que puede ser demostrado. Del mismo modo, la artillería moderna es superior a las ballestas o las catapultas.

Pero las cosas se complican, incluso dentro de cualquiera de estos dos terrenos especializados y técnicos, cuando nos preguntamos por los efectos globales de tales innovaciones, por las consecuencias ambientales, sociales, morales, demográficas, espirituales, etc., que tiene su aplicación, cuando nos preguntamos qué clase de progreso está experimentando el arte de la medicina. Basta fijarse en un nuevo campo de pensamiento que ahora crece rápidamente, el de la ética de la medicina —que trata temas tan espinosos como el derecho a morir con dignidad en medio de todos los logros tecnológicos que permiten conservar durante larguísimo período la vida de los agonizantes—, para recordar que hasta las más antiguas discusiones éticas pueden ser traídas de nuevo a colación por los éxitos de la tecnología.

Además, todas estas cuestiones se hacen casi desesperantemente complicadas y polémicas cuando tratamos de referir ese concepto de progreso (o regresión) a ideas como las de «humanidad» o «civilización». Pero a pesar de todas las complicaciones, conflictos y paradojas que trae consigo el «progreso», ha habido muchos sabios y eminentes filósofos, científicos, historiadores y políticos que han defendido la posibilidad y la realidad del progreso. Entre ellos están Protágoras, Platón, Aristóteles, Lucrecio, Sé-

neca, San Agustín, Jean Bodin, Isaac Newton, Robert Boyle, Joseph Priestley, Comte, Hegel, Darwin, Marx, Herbert Spencer y en los Estados Unidos una corriente iniciada por Cotton Mather y Jonathan Edwards, y continuada por Jefferson, John Adams y Franklin, y casi todos los grandes pensadores que les siguieron. Estos no son más que algunos de los hombres que, en Occidente, han creído que el progreso de la humanidad, sobre todo en las artes y las ciencias, era algo real y tan fuera de duda como cualquier ley biológica o física.

Lo que quiero subrayar aquí no es que estos hombres que creyeron en el progreso pensarán siquiera en la posibilidad o la posibilidad de llegar alguna vez a conseguir una verificación empírica de la realidad del progreso, pues todos tenían en cuenta lo abstractos y vastos que son conceptos como el de la humanidad o el de la civilización. Lo importante es que ninguno de ellos creyó que su fe necesitara una prueba empírica, del mismo modo que no hacen falta pruebas empíricas para demostrar la validez de una proposición geométrica, o —para los hombres religiosos— la de un mandamiento o cualquiera de los otros mandatos que aparecen en la Biblia. Para ellos el progreso era un axioma, o un dogma, y, por insensato que pueda parecerles a los intelectuales de la segunda mitad del siglo xx, la idea de progreso era tan evidente como cualquiera de los postulados de Euclides al menos hasta comienzos de nuestro siglo.

No podemos olvidarnos tampoco de las masas. Desde los primeros años del siglo xix hasta hace pocas décadas, la creencia en el progreso de la humanidad —en el que Occidente estaba considerado como la fuerza de vanguardia— era prácticamente una religión universal tanto en América como en Europa. Es más, por lamentable que sea el estado de esa creencia en Occidente hoy en día, hay motivos más que suficientes para pensar que es una de las ideas más arraigadas al Este del continente europeo —sobre todo en la Unión Soviética— y en gran parte de Asia.

Es cierto que incluso en épocas muy recientes ha habido siempre escépticos e incrédulos profundamente convencidos de sus opiniones. Algunos de ellos serán estudiados en el último capítulo de este libro, pero por ahora baste citar los nombres de Tocqueville, Burckhardt, Nietz-

che, Schopenhauer, Max Weber, Sorel, W. R. Inge y Spengler, que son seguramente los más importantes de entre quienes no creyeron nunca que la situación de Occidente reflejara nada que mereciera el nombre de progreso. Fueron, en su época, pequeñas minorías, pero constituyen el origen directo del malestar intelectual y literario que tanto se ha extendido en Occidente. Sin embargo, y como he indicado anteriormente, a pesar de la presencia de estos escépticos la abrumadora mayoría de los más grandes pensadores de la historia occidental se muestra partidaria del dogma del progreso.

Este dogma, como veremos, no tuvo siempre un efecto saludable para la humanidad, aunque en general haya tenido una influencia benéfica. En mi opinión, lo encontramos al lado mismo de los impulsos, deseos e incentivos cruciales que han llevado a la consecución de los extraordinarios logros de la civilización occidental. Las historias de la religión, la ciencia, el racionalismo, la lucha por la libertad, la igualdad y la justicia, así como las de la filosofía, las artes, etc., están empapadas de la creencia de que lo que cada uno hace en su propia época es al mismo tiempo un homenaje a la grandeza y al carácter indispensable del pasado, y un factor que contribuirá a un futuro que será, sin duda, cada vez más brillante.

Pero, tal como he dicho, la creencia en el progreso no siempre ha producido un impulso hacia adelante. La fe en el progreso de la humanidad ha convivido y convive con otras creencias que la mayor parte de los occidentales consideramos repugnantes y detestables. Detrás de las manifestaciones de poder absoluto político-militar que encontramos en los totalitarismos del siglo XX, tanto los de derecha como los de izquierda, hay una filosofía que habla de un progreso inexorable. Lo mismo ocurre con el racismo que floreció en el siglo XIX y a comienzos del XX. Gobineau, Houston Stewart Chamberlain y Madison Grant creían en el progreso o, como mínimo, en que el progreso era posible, y todos ellos opinaban que su base radicaba en determinada raza.

Pero, por muchas corrupciones que haya experimentado la idea de progreso —y las dos que he citado no son las únicas—, sigo convencido de que esta idea ha contribuido más que cualquier otra, a lo largo de veinticinco siglos de

la historia de Occidente, tanto a fomentar la creatividad en los más diversos campos como alimentar la esperanza y la confianza de la humanidad y de los individuos en la posibilidad de cambiar y mejorar el mundo. Podría afirmarse que el elemento que, en último término, resulta más crucial es la voluntad de cambiar y mejorar, y que éste sólo puede darse en el individuo. Y que, como el individuo no necesita para nada ese dogma indemostrable, paradójico y cósmico, no tiene ninguna importancia que la idea de progreso muera. Podría afirmarse que los impulsos y aspiraciones del propio individuo bastan para que haya progreso, y que la desaparición de una idea tan global y abstracta como la idea occidental de progreso no sería grave.

No estoy de acuerdo. Los muelles que disparan la actividad humana —la voluntad y la ambición— se apoyan en una serie de ideas acerca del universo, el mundo, la sociedad y el hombre que escapan a todos los cálculos racionales y no tienen relación con los instintos fisiopsicológicos. Estos muelles se apoyan en lo que llamamos dogmas. La palabra dogma procede de dos términos griegos cuyo sentido literal es «parece-bueno». Tal como escribió Tocqueville, «ninguna sociedad puede prosperar ni existir» sin dogmas. Del mismo modo, para el individuo «la fe en unos dogmas es indispensable para su vida personal». Fue el cardenal Newman quien escribió que «hombres que no moverían un dedo por una conclusión racional, serían capaces de morir por un dogma». La idea de que la humanidad va avanzando gradualmente y de forma inexorable hacia estadios cada vez más elevados de conocimiento, cultura y perfección moral es uno de esos dogmas a los que Tocqueville y Newman se referían.

Sin embargo, todo hace pensar en estos momentos que la fe occidental en el progreso se va marchitando rápidamente en todos los niveles y todos los campos, a lo largo de la última parte del siglo XX. Tal como trato de demostrar en el último capítulo, los motivos de este fenómeno no son, como pudiera pensarse, las guerras mundiales, los totalitarismos, las depresiones económicas y los demás problemas políticos, militares y económicos que ha habido en este siglo sino otros hechos menos espectaculares aunque no por ello menos fatales. De ellos el más importante es la erosión que están padeciendo todas las premisas intelectuales

tuales y espirituales en las que se ha apoyado la idea del progreso a lo largo de su historia.

Es posible que esté exagerando. Pero no puedo dejar de pensar que antes de que transcurra mucho tiempo sabremos si es posible seguir teniendo una civilización comparable a la que hemos conocido en los últimos veinticinco siglos en Occidente sin el sostén que proporciona la fe en el progreso que ha animado toda esa civilización. En los últimos años del siglo xx debemos hacer frente al problema que plantea el hecho de que el dogma del progreso sea uno de los principales de las filosofías o religiones de las naciones que constituyen las más temibles amenazas que pesan sobre la cultura occidental y sus valores espirituales y morales. Un hecho que representa otro ejemplo de la capacidad que tienen las técnicas y los valores occidentales para ser exportados, corrompidos y luego dirigidos contra ese mismo mundo occidental que los creó.

CAPÍTULO PRIMERO

EL MUNDO CLASICO

El contenido de este capítulo mostrará que el mundo clásico griego y romano conoció la idea de progreso, la idea de que la humanidad ha ido avanzando lenta, gradual e ininterrumpidamente desde unos orígenes marcados por la incultura, la ignorancia y la inseguridad a unos niveles de civilización cada vez más altos, y que este avance continuará, pese a los reveses que pueda padecer de vez en cuando, en el presente y también en el futuro.

Sería una falta de sinceridad, sin embargo, no referirse aquí a una opinión que afirma exactamente lo contrario y que ha sido sostenida durante muchísimo más tiempo que la que acabo de exponer. Como mínimo desde los tiempos de Auguste Comte, cuyos libros de filosofía positiva, aparecidos en la década de los treinta del siglo pasado, establecieron la «ley del progreso» como piedra fundamental de su concepto de la civilización, casi nadie ha discutido el supuesto desconocimiento por parte de los antiguos de la idea de progreso histórico de la civilización. Un erudito como Walter Bagehot llegó a escribir en 1872 que «los antiguos no tenían noción del progreso. No es que rechazaran esa idea, sino que ni siquiera la concebían». J. B. Bury, en su *Idea of Progress*, también negó que en el pensamiento griego y romano (y hasta en el cristiano) existiera la idea de progreso, basándose, en primer lugar, en que sus filósofos no tenían conciencia de un largo pasado en que hubieran podido discernir progreso; en se-

Benjamin, Walter (1989) [1972]: *Discursos Interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*, Buenos Aires, Taurus.

Tesis sobre la filosofía de la historia. Pags. 183- 187.

9

*Tengo las alas prontas para alzarme,
Con gusto vuelvo atrás,
Porque de seguir siendo tiempo vivo,
Tendría poca suerte.*

GERHARD SCHOLEM: *Gruss vom Angelus.*

Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

10

Los temas de meditación que la regla monástica señalaba a los hermanos tenían por objeto prevenirlos contra el mundo y contra sus pompas. La concatenación de

ideas que ahora seguimos procede de una determinación parecida. En un momento en que los políticos, en los cuales los enemigos del fascismo habían puesto sus esperanzas, están por el suelo y corroboran su derrota traicionando su propia causa, dichas ideas pretenden liberar a la criatura política de las redes con que lo han embaucado. La reflexión parte de que la testaruda fe de estos políticos en el progreso, la confianza que tienen en su «base en las masas» y finalmente su servil inserción en un aparato incontrolable son tres lados de la misma cosa. Además procura darnos una idea de lo cara que le resultará a nuestro habitual pensamiento una representación de la historia que evite toda complicidad con aquella a la que los susodichos políticos siguen aferrándose.

II

El conformismo, que desde el principio ha estado como en su casa en la socialdemocracia, no se apega sólo a su táctica política, sino además a sus concepciones económicas. El es una de las causas del derrumbamiento ulterior. Nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente. El desarrollo técnico era para ellos la pendiente de la corriente a favor de la cual pensaron que nadaban. Punto éste desde el que no había más que un paso hasta la ilusión de que el trabajo en la fábrica, situado en el impulso del progreso técnico, representa una ejecutoria política. La antigua moral protestante del trabajo celebra su resurrección secularizada entre los obreros alemanes. Ya el «Programa de Gotha» lleva consigo huellas de este embrollo. Define el trabajo como «la fuente de toda riqueza y toda cultura». Barruntando algo malo, objetaba Marx que el hombre que no posee otra propiedad que su

fuerza de trabajo «tiene que ser esclavo de otros hombres que se han convertido en propietarios». No obstante sigue extendiéndose la confusión y enseguida proclamará Josef Dietzgen: «El Salvador del tiempo nuevo se llama trabajo. En... la mejora del trabajo... consiste la riqueza, que podrá ahora consumir lo que hasta ahora ningún redentor ha llevado a cabo». Este concepto marxista vulgarizado de lo que es el trabajo no se pregunta con la calma necesaria por el efecto que su propio producto hace a los trabajadores en tanto no puedan disponer de él. Reconoce únicamente los progresos del dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad. Ostenta ya los rasgos tecnocráticos que encontraremos más tarde en el fascismo. A éstos pertenece un concepto de la naturaleza que se distingue catastróficamente del de las utopías socialistas anteriores a 1848. El trabajo, tal y como ahora se le entiende, desemboca en la explotación de la naturaleza que, con satisfacción ingenua, se opone a la explotación del proletariado. Comparadas con esta concepción positivista demuestran un sentido sorprendentemente sano las fantasías que tanta materia han dado para ridiculizar a un Fourier. Según éste, un trabajo social bien dispuesto debiera tener como consecuencias que cuatro lunas iluminasen la noche de la tierra, que los hielos se retirasen de los polos, que el agua del mar ya no sepa a sal y que los animales feroces pasen al servicio de los hombres. Todo lo cual ilustra un trabajo que, lejos de explotar a la naturaleza, está en situación de hacer que alumbre las criaturas que como posibles dormitan en su seno. Del concepto corrompido de trabajo forma parte como su complemento la naturaleza que, según se expresa Dietzgen, «está ahí gratis».

Necesitamos de la historia, pero la necesitamos de otra manera a como la necesita el holgazán mimado en los jardines del saber.

NIETZSCHE: *Sobre las ventajas e inconvenientes de la historia.*

La clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico. En Marx aparece como la última que ha sido esclavizada, como la clase vengadora que lleva hasta el final la obra de liberación en nombre de generaciones vencidas. Esta consciencia, que por breve tiempo cobra otra vez vigencia en el espartaquismo, le ha resultado desde siempre chabacana a la socialdemocracia. En el curso de tres decenios ha conseguido apagar casi el nombre de un Blanqui cuyo timbre de bronce había conmovido al siglo precedente. Se ha complacido en cambio en asignar a la clase obrera el papel de redentora de generaciones futuras. Con ello ha cortado los nervios de su fuerza mejor. La clase desaprendió en esta escuela tanto el odio como la voluntad de sacrificio. Puesto que ambos se alimentan de la imagen de los antecesores esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados.

*Nuestra causa se hace más clara cada día
y cada día es el pueblo más sabio.*

WILHELM DIETZGEN: *La religión de la
socialdemocracia.*

La teoría socialdemócrata, y todavía más su praxis, ha sido determinada por un concepto de progreso que no se atiene a la realidad, sino que tiene pretensiones dogmáticas. El progreso, tal y como se perfilaba en las cabezas de la socialdemocracia, fue un progreso en primer lugar de la humanidad misma (no sólo de sus destrezas y conocimientos). En segundo lugar era un progreso inconcluyente (en correspondencia con la infinita perfectibilidad humana). Pasaba por ser, en tercer lugar, esencialmente incesante (recorriendo por su propia virtud una órbita recta o en forma espiral). Todos estos predicados son controvertibles y en cada uno de ellos podría iniciarse la crítica. Pero si ésta quiere ser rigurosa, deberá buscar por detrás de todos esos predicados y dirigirse a algo que les es común. La representación de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de la prosecución de ésta a lo largo de un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de dicha prosecución deberá constituir la base de la crítica a tal representación del progreso.

PROLOGO A LA CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl MARX. 1859

Marx, K. y Engels, F., *Obras escogidas*. Tomo I, Moscu, Editorial Progreso

(...) Mis estudios profesionales eran los de jurisprudencia, de la que, sin embargo, sólo me preocupé como disciplina secundaria, junto a la filosofía y la historia. En 1842-1843, siendo redactor de "Gaceta Renana" (1) me vi por primera vez en el trance difícil de tener que opinar sobre los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad de la tierra, la polémica oficial mantenida entre el señor von Schaper, por entonces gobernador de la provincia renana, y Gaceta Renana acerca de la situación de los campesinos de Mosela y, finalmente, los debates sobre el librecambio y el proteccionismo, fue lo que me movió a ocuparme por primera vez de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de "ir adelante" superaba en mucho el conocimiento de la materia, "Gaceta Renana" dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés, tañido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de ese trabajo de aficionados, pero confesando al mismo tiempo sinceramente, en una controversia con la "Gaceta General" de Augsburgo (2) que mis estudios hasta ese entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de las tendencias francesas. Con tanto mayor deseo aproveché la ilusión de los gerentes de "Gaceta Renana", quienes creían que suavizando la posición del periódico iban a conseguir que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para retirarme de la escena pública a mi cuarto de estudio.

Mi primer trabajo emprendido para resolver las dudas que me azotaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho (3), trabajo cuya introducción apareció en 1844 en los "Anales francoalemanes" (4), que se publicaban en París. Mi investigación me llevó a la conclusión de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas a donde me trasladé a consecuencia de una orden de destierro dictada por el señor Guizot proseguí mis estudios de economía política comenzados en París. El resultado general al que llegué y que una vez obtenido sirvió de hilo conductor a mis estudios puede resumirse así: en la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de

producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso en la formación económica de la sociedad el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Federico Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*) (5) había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando, en la primavera de 1845, se estableció también en Bruselas, acordamos elaborar en común la contraposición de nuestro punto de vista con el punto de vista ideológico de la filosofía alemana; en realidad, liquidar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana (6). El manuscrito -dos gruesos volúmenes en octavo- ya hacía mucho tiempo que había llegado a su sitio de publicación en Westfalia, cuando no enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación. En vista de eso, entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objeto principal: esclarecer nuestras propias ideas, ya había sido logrado. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, sólo citaré el Manifiesto del Partido Comunista escrito conjuntamente por Engels y por mí, y un Discurso sobre el librecambio, publicado por mí. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por primera vez científicamente, aunque sólo en forma polémica, en la obra *Miseria de la filosofía*, etc., publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre el Trabajo asalariado (7), en el que recogía las conferencias que

había dado acerca de este tema en la Asociación Obrera Alemana de Bruselas (8), que interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento forzoso de Bélgica.

La publicación de la “Nueva Gaceta Renana” (1848-1849) y los acontecimientos posteriores interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850, en Londres. El enorme material sobre la historia de la economía política acumulado en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva etapa de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro en California y en Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso, de un modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estos estudios a veces me llevaban por sí mismos a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo reducía el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el New York Daily Tribune, me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que sólo en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa correspondencias propiamente dichas. Sin embargo, los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y del continente formaba una parte tan importante de mi colaboración, que esto me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la verdadera ciencia de la economía política.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan, y por mucho que choquen con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Pero en la puerta de la ciencia, como en la del infierno, debiera estamparse esta consigna:

Qui si convien lasciare ogni sospetto;
Ogni viltá convien che qui sia morta (9)

Londres, enero de 1859.

Publicado en el libro; Zur Kritik der plitischen Oekonomie von Karl Marx, Erstes Heft, Berlín 1859.

Notas

(1) Gaceta renana (“Rheinische Zeitung”): diario radical que se publicó en Colonia en 1842 y 1843. Marx fue su jefe de redacción desde el 15 de octubre de 1842 hasta el 18 de marzo de 1843.

(2) Gaceta general (“Allegemeine Zeitung”): diario alemán reaccionario fundado en 1798; desde 1810 hasta 1882 se editó en Ausburgo. En 1842 publicó una falsificación de las ideas del comunismo y el socialismo utópicos y Marx lo desenmascaró en su artículo “El comunismo y el Allegemeine Zeitung de Ausburgo”, que fue publicado en Rheinische Zeitung en octubre de 1842.

- (3) C. Marx, Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel.
- (4) Deutsch-französische Jahrbücher (“Anales franco-alemanes”): órgano de la propaganda revolucionaria y comunista, editado por Marx en París, en el año 1844.
- (5) “Anales franco-alemanes”
- (6) Marx y Engels, La ideología alemana.
- (7) Marx, Trabajo asalariado y capital.
- (8) La Asociación Obrera Alemana de Bruselas fue fundada por Marx y Engels a fines de agosto de 1847, con el fin de educar políticamente a los obreros alemanes residentes en Bélgica y propagar entre ellos las ideas del comunismo científico. Bajo la dirección de Marx, Engels y sus compañeros, la sociedad se convirtió en un centro legal de unión de los proletarios revolucionarios alemanes en Bélgica y mantenía contacto directo con los clubes obreros flamencos y valones. Los mejores elementos de la asociación entraron luego en la organización de Bruselas de la Liga de los Comunistas. Las actividades de la Asociación Alemana en Bruselas se suspendieron poco después de la revolución burguesa de febrero de 1848 en Francia, debido al arresto y expulsión de sus miembros por la policía belga.
- (9) Déjese aquí cuanto sea recelo. Mátese aquí cuanto sea vileza. (Dante, La divina comedia).

Marx, Karl y Engels, Frederick (1981) [1848]:
Manifiesto del Partido Comunista, Madrid, Editorial Ayuso.

Sección I. Burgueses y proletarios.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS

Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día (1), es una historia de luchas de clases.²

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de estamentos (2), dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales

(1) Es decir, hablando en términos precisos, toda la historia escrita. En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a la historia escrita, era casi totalmente desconocida. Posteriormente vinieron las investigaciones de Haxthausen a descubrir la propiedad colectiva de la tierra en Rusia; Maurer demostró que ese régimen de propiedad fue el tronco social de donde se derivaron históricamente todas las ramas alemanas, y poco a poco fué descubriéndose que los municipios campesinos organizados en régimen de propiedad colectiva del suelo habían sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. Por último, las investigaciones de Morgan, coronadas por el descubrimiento del verdadero carácter de la *gens* y de su posición dentro de la tribu, pusieron al desnudo, en su forma típica, la organización interna de esta sociedad comunista originaria. Al disolverse estas comunidades primitivas es cuando comienza a escindirse la sociedad en clases especiales, enfrentadas las unas con las otras. (Nota de F. E., adicionada en 1890.)

(2) Llámase "estamento" a una "clase" colocada en una situación jurídica especial, ya consista la singularidad en privilegios o en restricciones.

de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagonicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición.³

El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios vieron desplazados por la clase media industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fué suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller.⁴

Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la clase media industrial

hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos progresos redujeron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y estumando a todas las clases heredadas de la Edad Media.⁵

Vemos, pues, que la moderna burguesía es, como lo fueron en su tiempo las otras clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción.

A cada etapa de avance recorrida por la burguesía corresponde una nueva etapa de progreso político. Clase oprimida bajo el mando de los señores feudales, la burguesía forma en la "comuna" (1) una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros forma el tercer estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y el fundamento de las grandes monarquías en general, hasta que, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista la hegemonía política y crea el moderno Estado representativo. Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa.⁶

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con

(1) Así llamaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus municipios, después de arrancar a sus señores feudales, comprándoselos o por la fuerza, sus primeros atributos de autonomía. (F. E.)

sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballerescó y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cenadales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación.⁷

La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia.

La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares (1).

La burguesía vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media tenían su complemento cumplido en la haraganería más indolente. Hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incessantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la

(1) Cfr. Marx, *Zur Judenfrage*, 1844. (Obras completas, ed. del Instituto Marx-Engels, 1927, t. I, pág. 603): "El dinero humilla a todos los amos, la relación entre hombre y mujer, se trueca en un objeto comerciable."

intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inconvencionales y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con miradá fría su vida y sus relaciones con los demás.⁸

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones.⁹

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.¹⁰

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red

de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más árticas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.¹¹

La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.¹²

La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un Gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera.¹³

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el tra-

bajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?¹⁴

Hemos visto que los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal. Cuando estos medios de transporte y de producción alcanzaron una determinada fase en su desarrollo, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, no correspondían ya al estado progresivo de las fuerzas productivas. Obstruían la producción en vez de fomentarla. Habíanse convertido en otras tantas trabas para su desenvolvimiento. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre concurrencia, con la consiguiente política y social a ella adecuada, en la que se revelaba ya la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmada, sin recursos para

subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de que dispone; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobreponen a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.¹⁵

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los *proletarios*.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste aumenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado.¹⁶

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitaban a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero.¹⁷ El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de

una mercancía, y como una de tantas el trabajo (1), equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc.¹⁸

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados racionales de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del con-tramaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.¹⁹

Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, también es mayor la proporción en que el trabajo de la mujer y el niño desplaza al del hombre. Socialmente, ya no rigen para la clase obrera esas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste.²⁰

Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.²¹

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las

(1) Expresión empleada aquí en el sentido de lo que más tarde, con frase más precisa, habrá de llamar Marx "fuerza de trabajo".

exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitalistas más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado.²²

El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.

Al principio son obreros aislados; luego, los de una fábrica; luego, los de toda una rama de trabajo, los que se enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción, van también contra los propios instrumentos de la producción; los obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, destrozan las máquinas, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación, ya enterada, del obrero medieval.²³

En esta primera etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la competencia. Las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos propios tiene que poner en movimiento —cosa que todavía logra— a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa.²⁴

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia, cada vez más aguda, desatada entre la burguesía, y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inseguro el sa-

lario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces del maquinismo aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pelearse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones.²⁵

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años.²⁶

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la competencia desatada entre los propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de sus intereses propios. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos al proletariado. La burguesía lucha incesantemente: primero, contra la aristocracia; luego, contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía de los demás países. Para librar estos combates no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxi-

lio, arrastrándolo así a la palestra política. Y de este modo le suministra elementos de fuerza, es decir, armas contra sí misma. Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o a lo menos los colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministrarán al proletariado nuevas fuerzas.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses, que, analizando teóricamente el curso de la historia, han logrado ver claro en sus derrotos.²⁷

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que mira a su tránsito inminente al proletariado; con esa actitud no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia para abrazar la del proletariado.

El proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios.²⁸

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya

destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; la producción industrial moderna, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él otros tantos prejuicios burgueses tras los que anidan otros tantos intereses de la burguesía. Todas las clases que le precedieron y conquistaron el Poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de adquisición. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás.²⁹

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder.³⁰

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas

para poder oprimir a una clase es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vió exaltado a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depaupera, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la concurrencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.³¹

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindicán siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del Poder.³² Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son todas expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vívida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

Fukuyama, Francis: "¿El fin de la historia?", El País, 24-09-1989.
"Pensando sobre el fin de la historia diez años después", El País, 17-06-1999.

Selección de Aguilar, S., *Ordre i desordre. Manual d'estructura i canvi de les societats*. Volum I: Dades, interpretacions, teoríes, Hacer, Barcelona, 2001. Págs. 237-239 (Excurs 7.2.).

Fukuyama, Francis: "¿El fin de la historia?", El País, 24-09-1989.

Cuando se observa el flujo de acontecimientos del último decenio, no queda más remedio que pensar que algo muy fundamental ha ocurrida en la historia mundial... El siglo XX ha visto al mundo desarrollado sometido a un paroxismo de violencia ideológica en el cual el liberalismo luchaba contra los vestigios del absolutismo, luego del bolchevismo y del fascismo y al final contra los del marxismo puesto a/ día que amenazaba con conducir al apocalipsis total de la guerra nuclear. Pero el siglo que empezó lleno de confianza en el triunfo irrefutable de la democracia liberal occidental parece haber descrito un círculo y haber llegado casi de nuevo al punto de partida: no a un fin de la ideología o una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se predijo anteriormente, sino a una inquebrantable victoria del liberalismo económico y político.

El triunfo de Occidente, de la idea occidental, queda patente ante todo en el agotamiento total de alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental. En la década pasada se han producido cambios inequívocos en el clima intelectual de los dos principales países comunistas del mundo, y en ambos se han iniciado movimientos reformistas de cierta importancia.[...] Es posible que lo que estamos presenciando no sea simplemente el final de la guerra fría o el ocaso de un determinado período de la historia de la postguerra, sino el final de la /listona en sí, es decir, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final de gobierno humano...

¿Hemos llegado realmente al fin de la historia? En otras palabras, existen contradicciones fundamentales en la vida humana que no puedan resolverse en el contexto del liberalismo moderno y qué podrían resolverse mediante una estructura político-económica alternativa?... En el siglo pasado, los dos grandes retos a los que se ha enfrentado el liberalismo han sido el fascismo y el comunismo, La II Guerra Mundial destruyó el fascismo como ideología viviente. Por supuesto, fue una derrota a un nivel muy material, pero también constituyó una derrota a nivel ideológico. El desafío ideológico que representaba la otra gran alternativa del liberalismo, el comunismo, era mucho más serio. Pero el problema de las clases se ha resuelto con éxito en Occidente. Como resultado de la menor importancia del tema de las clases sociales, puede decirse que en el mundo occidental desarrollado el atractivo del comunismo es menor hoy de lo que ha sido desde que termina la I Guerra Mundial hasta la fecha. Esto puede medirse de muchas formas distintas: en el número cada vez menor de miembros y de candidatos electorales de los principales partidos comunistas europeos y sus pro-gramas abiertamente revisionistas; en el correspondiente éxito electoral de los partidos conservadores... y en medio de un clima intelectual cuyos miembros más avanzados ya

no creen que la sociedad burguesa sea algo que hay que acabar superando. Esto no quiere decir que las opiniones de intelectuales progresistas de los países occidentales no sean profundamente patológicas en muchos senados. Pero los que creen que el futuro tiene que ser inevitablemente socialista tienden a ser muy mayores, o muy marginales, con relación al discurso pofrr/ca real de sus sociedades. [...]

Desde el punto de vista de la historia mundial, lo importante respecto a China no es el es fado actual de la reforma ni sus perspectivas futuras. La cuestión fundamento/ es que la República Popular China no puede seguir actuando como es fandar fe de las fuerzas antiliberales en el mundo, se trate de guerrillas en alguna jungla asiática o de estudiantes de clase media en París. El maoísmo, que ha dejado de ser el modelo del Asia futura, se ha convertido en un anacronismo.

Han sido, sin embargo, los últimos acontecimientos en la Unión Soviética... los que han acabado enterrando la alternativo que el marxismo-leninismo ofrecía a la democracia liberal, lo que ha ocurrido en los últimos cuatro años, desde que Gorbachov llegara al poder, ha sido un asalto revolucionario a las instituciones y principios más fundamentales del estalinismo y su sustitución por otros principios que por sí mismos no son propios del liberalismo, pero cuya única conexión es el liberalismo. [...]

Si admitimos por el momento que el comunismo y el fascismo, rivales del liberalismo, han muerto, ¿queda algún otro oponente ideológico?, o, planteado de otra manera, ¿existen en la sociedad libera! otras contradicciones, además de la de las clases, que no tengan solución? Dos posibilidades saltan a la vista: la religión y el nacionalismo... Si bien es imposible excluir la repentina aparición de nuevas ideologías o de contradicciones antes inadvertidas en las sacidades liberales, el mundo actual parece confirmar que los principios fundamentales de la organización sociopolítica no han progresado demasiado desde 1806. [...]

La superación del marxismo-leninismo, primero por parte de China y luego por parte de la Unión Soviética, significará su muerte como ideología viviente de importancia histórica mundial. Pues si bien pueden quedar algunos auténticos defensores aislados en lugares como Managua, Pyongyang o Cambridge (Massachusetts), el hecho de que no haya un solo gran Estado en el que sea una preocupación general acaba por completo con todas sus pretensiones de estar a la vanguardia de la /listaría de la humanidad.... Esto no implica en ningún caso el fin de los conflictos internacionales por sí mismos. En efecto, a este nivel el trabajo quedaría dividido entre la parte histórica y la parte poshistórica. [.,.]

El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida en nombre de un fin puramente abstracto, la lucha ideológica universal que daba prioridad a la osadía, el atrevimiento, la imaginación y el idealismo se verán sustituidos por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la respuesta a las refinadas necesidades del consumidor; En la era pos-histórica no existirá ni arte ni filosofía, nos limitaremos a cuidar eternamente de los museos de la historia de la humanidad.

Fukuyama, Francis: "Pensando sobre el fin de la historia diez años después", El País, 17-06-1999.

Este verano se cumple el décimo aniversario de la publicación de mi artículo «¿El final de la historia?»,.. Desde que se publicó el artículo, mis críticos han exigido con regularidad que reconsideré mi opinión de que la historia ha terminado, con la esperanza de que me retracte. Para ellos, expondré mi balance final: nada de lo que ha sucedido en

la política o la economía mundiales en los últimos diez años contradice, en mi opinión, la conclusión de que la democracia liberal y la economía de mercado son las únicas alternativas viables para la sociedad actual!... Por otra parte, el argumento que utilicé para demostrar que la historia es direccional, progresiva y que culmina en el moderno Estado liberal, tiene un defecto fundamental. [...]

Yo nunca planteé que todos los países alcanzarían una democracia a corto plazo, sólo que había una lógica de evolución en la historia humana que conducía a los países más avanzados hacia la democracia y los mercados liberales. Por tanto, el hecho de que algunos países como Serbia o Irán hayan quedado fuera de este proceso evolutivo no sirve como argumento en contra... Por otra parte, si se demostrara que la locomotora de la evolución del cambio histórico se había roto, ¿se debería replantearse la idea de que la historia es progresiva. Pero, a pesar de las penurias y los reveses sufridos por México, Tailandia, Indonesia, Corea del Sur y Rusia, como resultado de su integración en la economía mundial, no se está produciendo, como afirmo George Soros, una «crisis general del capitalismo».

El principal defecto de «¿El fin de la historia?» se encuentra en el hecho de que la ciencia puede no tener fin, pues rige el proceso histórico, y estamos en la cúspide de una nueva explosión de innovaciones tecnológicas en las ciencias de la vida y en la biotecnología. ...El carácter abierto de las actuales ciencias naturales indica que la biotecnología nos aportará en las dos generaciones próximas las herramientas que nos van: a permitir alcanzar lo que no consiguieron los ingenieros sociales del pasado. En este punto, habremos concluido definitivamente la historia humana.

Fukuyama, Francis. (1990): "¿El fin de la historia?", Estudios Públicos, Revista de Políticas Públicas, nº 37, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, Chile. Págs. 7-15.

www.cepchile.cl/dms/archivo_1052_1200/rev37_fukuyama.pdf

El ensayo de Fukuyama constituye un intento de explicación del acontecer de los últimos tiempos, partir de un análisis de las tendencias en la esfera de la conciencia o de las ideas. El liberalismo económico y político, la "idea" de Occidente, sostiene el autor, finalmente se ha impuesto en el mundo. Esto se evidencia en el colapso y agotamiento de ideologías alternativas. Así, lo que hoy estaríamos presenciando es el término de la evolución ideológica en sí, y, por tanto, el fin de la historia en términos hegelianos. Si bien la victoria del liberalismo por ahora sólo se ha alcanzado en el ámbito de la conciencia, su futura concreción en el mundo material, afirma Fukuyama, será ciertamente inevitable.

Este artículo, publicado originalmente en la revista *The National Interest* (verano 1988), está basado en una conferencia que el autor dictara en el John M. Olin Center for Inquiry into the Theory and Practice of Democracy de la Universidad de Chicago, EE. UU.

Francis Fukuyama, ex analista de la Corporación Rand, actualmente es subdirector de planificación política del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Las opiniones expresadas por Fukuyama en este artículo no reflejan las de la Corporación Rand ni de algún organismo del gobierno norteamericano.

Al observar el flujo de los acontecimientos de la última década difícilmente podemos evitar la sensación de que algo muy fundamental ha sucedido en la historia del mundo. El año pasado hubo una avalancha de artículos que celebraban el fin de la guerra fría y el hecho de que la "paz" parecía brotar en muchas regiones del mundo. Pero la mayoría de estos análisis carecen de un marco conceptual más amplio que permita distinguir entre lo esencial y lo contingente o accidental en la historia del mundo, y son predeciblemente superficiales. Si Gorbachov fuese expulsado del Kremlin o un nuevo Ayatollah proclamara el milenio desde una desolada capital del Medio Oriente, estos mismos comentaristas se precipitarían a anunciar el comienzo de una nueva era de conflictos.

Y, sin embargo, todas estas personas entrevén que otro proceso más vasto está en movimiento, un proceso que da coherencia y orden a los titulares de los diarios. El siglo veinte presenció cómo el mundo desarrollado descendía hasta un paroxismo de violencia ideológica, cuando el liberalismo batallaba, primero, con los remanentes del absolutismo, luego, con el bolchevismo y el fascismo, y, finalmente, con un marxismo actualizado que amenazaba conducir al apocalipsis definitivo de la guerra nuclear. Pero el siglo que comenzó lleno de confianza en el triunfo que al final obtendría la democracia liberal occidental parece, al concluir, volver en un círculo a su punto de origen: no a un "fin de la ideología" o a una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se predijo antes, sino a la impertérrita victoria del liberalismo económico y político.

El triunfo de Occidente, de la "idea" occidental, es evidente, en primer lugar, en el total agotamiento de sistemáticas alternativas viables al liberalismo occidental. En la década pasada ha habido cambios inequívocos en el clima intelectual de los dos países comunistas más grandes del mundo, y en ambos se han iniciado significativos movimientos reformistas. Pero este fenómeno se extiende más allá de la alta política, y puede observarse también en la propagación inevitable de la cultura de consumo occidental en contextos tan diversos como los mercados campesinos y los televisores en colores, ahora omnipresentes en toda China; en los restaurantes cooperativos y las tiendas de vestuario que se abrieron el año pasado en Moscú; en la música de Beethoven que se transmite de fondo en las tiendas japonesas, y en la música rock que se disfruta igual en Praga, Rangún y Teherán.

Lo que podríamos estar presenciando no sólo es el fin de la guerra fría, o la culminación de un período específico de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano. Lo cual no significa que ya no habrá acontecimientos que puedan llenar las páginas de los resúmenes anuales de las relaciones internacionales en el Foreign Affairs, porque el liberalismo ha triunfado fundamentalmente en la esfera de las ideas y de la conciencia, y su victoria todavía es incompleta en el mundo real o material. Pero hay razones importantes para creer que éste es el ideal que "a la larga" se impondrá en el mundo material. Para entender por qué es esto así, debemos, primero, considerar algunos problemas teóricos relativos a la naturaleza del cambio histórico.

I

La idea del fin de la historia no es original. Su más grande difusor conocido fue Karl Marx, que pensaba que la dirección del desarrollo histórico contenía una intencionalidad determinada por la interacción de fuerzas materiales, y llegaría a término sólo cuando se alcanzase la utopía comunista que finalmente resolvería todas las anteriores contradicciones. Pero el concepto de historia como proceso dialéctico con un comienzo, una etapa intermedia y un final, lo tomó prestado Marx de su gran predecesor alemán, George Wilhelm Friedrich Hegel.

Para mejor o peor, gran parte del historicismo de Hegel se ha integrado a nuestro bagaje intelectual contemporáneo. La idea de que la humanidad ha avanzado a través de una serie de etapas primitivas de conciencia en su trayecto hacia el presente, y que estas etapas correspondían a formas concretas de organización social, como las tribales, esclavistas, teocráticas, y, finalmente, las sociedades igualitarias democráticas, ha pasado a ser inseparable de la mentalidad moderna del hombre. Hegel fue el primer filósofo que utilizó el lenguaje de la ciencia social moderna, en tanto creía que el hombre era producto de su entorno histórico y social concreto, y no, como anteriores teóricos del derecho natural habrían sostenido, un conjunto de atributos "naturales" más o menos fijos. El dominio y la transformación del entorno natural del hombre a través de la aplicación de la ciencia y la tecnología no fue un concepto originalmente marxista, sino hegeliano. A diferencia de historicistas posteriores, cuyo relativismo histórico degeneró en un relativismo a secas, Hegel pensaba, sin embargo, que la historia culminaba en un momento absoluto, en el que triunfaba la forma definitiva, racional, de la sociedad y del Estado.

La desgracia de Hegel es que hoy principalmente se le conozca como precursor de Marx, y la nuestra estriba en que pocos estamos familiarizados en forma directa con la obra de Hegel, y, con esta ya filtrada a través de los lentes distorsionadores del marxismo. En Francia, sin embargo, se ha hecho un esfuerzo por rescatar a Hegel de sus intérpretes marxistas y resucitarlo como el filósofo que se dirige a nuestra época con mayor propiedad. Entre estos modernos intérpretes franceses de Hegel, ciertamente el principal fue Alexandre Kojève, brillante emigrado ruso que dirigió, en la Ecole Pratique des Hautes Etudes de París en la década de los 30, una serie de seminarios que tuvieron gran influencia¹. Si bien era prácticamente desconocido en los Estados Unidos, Kojève tuvo un importante impacto en la vida intelectual del continente. Entre sus estudiantes hubo futuras luminarias como Jean-Paul Sartre, en la izquierda, y Raymond Aron, en la derecha; el existencialismo de posguerra tomó muchas de sus categorías básicas de Hegel, a través de Kojève.

Kojève procuró resucitar el Hegel de la *Phenomenology of Mind*, el Hegel que proclamó en 1806 que la historia había llegado a su fin. Pues ya en aquel entonces Hegel vio en la derrota de la monarquía prusiana por Napoleón en la batalla de Jena, el triunfo de los ideales de la Revolución Francesa y la inminente universalización del

¹ La obra más conocida de Kojève es su *Introduction a la Lecture de Hegel* (París: Ediciones Gallimard, 1947), que contiene las conferencias dictadas en la Ecole Pratique en los años 30. Este libro está disponible en inglés con el título *Introduction to the Reading of Hegel*; compilado por Raymond Queneau, editado por Allan Bloom, y traducido por James Nichols (New York: Basic Books, 1989).

Estado que incorporaba los principios de libertad e igualdad. Kojève, lejos de rechazar a Hegel a la luz de los turbulentos acontecimientos del siglo y medio siguiente, insistió en que en lo esencial había tenido razón². La batalla de Jena marcaba el fin de la historia porque fue en ese punto que la "vanguardia" de la humanidad (término muy familiar para los marxistas) llevó a la práctica los principios de la Revolución Francesa. Aunque quedaba mucho por hacer después de 1806 —abolir la esclavitud y el comercio de esclavos; extender el derecho a voto a los trabajadores, mujeres, negros y otras minorías raciales, etcétera—, los principios básicos del Estado liberal democrático ya no podrían mejorarse. Las dos guerras mundiales de este siglo y sus concomitantes revoluciones y levantamientos simplemente extendieron espacialmente esos principios, de modo que los diversos reductos de la civilización humana fueron elevados al nivel de sus puestos de avanzada, y aquellas sociedades en Europa y Norteamérica en la vanguardia de la civilización se vieron obligadas a aplicar su liberalismo de manera más cabal.

El Estado que emerge al final de la historia es liberal en la medida que reconoce y protege, a través de un sistema de leyes, el derecho universal del hombre a la libertad, y democrático en tanto existe sólo con el consentimiento de los gobernados. Para Kojève, este así llamado "Estado homogéneo universal" tuvo encarnación real en los países de la Europa Occidental de posguerra: precisamente en aquellos países blandos, prósperos, satisfechos de sí mismos, volcados hacia dentro y de voluntad débil, cuyo proyecto más grandioso no tuvo mayor heroicidad que la creación del Mercado Común.³ Pero esto era de esperar. Porque la historia humana y el conflicto que la caracterizaba se basaba en la existencia de "contradicciones": la búsqueda de reconocimiento mutuo del hombre primitivo, la dialéctica del amo y el esclavo, la transformación y el dominio de la naturaleza, la lucha por el reconocimiento universal de los derechos y la dicotomía entre proletario y capitalista. Pero en el Estado homogéneo universal, todas las anteriores contradicciones se resuelven y todas las necesidades humanas se satisfacen. No hay lucha o conflicto en torno a grandes asuntos, y, en consecuencia, no se precisa de generales ni estadistas: lo que queda es principalmente actividad económica. Y, efectivamente, la vida de Kojève fue consecuente con sus enseñanzas. Estimando que ya no había trabajo para los filósofos, puesto que Hegel (correctamente entendido) había alcanzado el conocimiento absoluto, Kojève dejó la docencia después de la guerra y pasó el resto de su vida trabajando como burócrata en la Comunidad Económica Europea, hasta su muerte en 1968.

A sus contemporáneos de mediados de siglo, la proclamación de Kojève sobre el fin de la historia debió parecerles el típico solipsismo excéntrico de un intelectual francés, hecha, como lo fue, inmediatamente después de la segunda guerra mundial y en el momento cúspide de la guerra fría. Para entender cómo Kojève pudo tener la audacia de afirmar que la historia había terminado, debemos comprender primero el significado del idealismo hegeliano.

² En este respecto, Kojève mantiene una posición respecto de Hegel que contrasta claramente con la de los intérpretes alemanes contemporáneos, como Herbert Marcuse, quien, teniendo más simpatías por Marx, consideraba que Hegel era en definitiva un filósofo incompleto y limitado históricamente.

³ Kojève identificaba el fin de la historia alternativamente con el "Modo de Vida Americano" de la posguerra, pues creía que la Unión Soviética también se dirigía hacia esa forma de vida.

III

Para Hegel, las contradicciones que mueven la historia existen primero en la esfera de la conciencia humana, es decir, en el nivel de las ideas;⁴ no se trata aquí de las propuestas electorales triviales de los políticos americanos, sino de ideas en el sentido de amplias visiones unificadoras del mundo, que podrían entenderse mejor bajo la rúbrica de ideología. En este sentido, la ideología no se limita a las doctrinas políticas seculares y explícitas que asociamos habitualmente con el término, sino que también puede incluir a la religión, la cultura y el conjunto de valores morales subyacentes a cualquier sociedad. La visión que Hegel tenía de la relación entre el mundo ideal y el mundo real o material era extremadamente compleja, comenzando por el hecho que, para él, la distinción entre ambos era sólo aparente.⁵ No creía que el mundo real se ajustase o se le pudiese ajustar de manera sencilla a las preconcepciones ideológicas de los profesores de filosofía, o que el mundo "material" no tuviese injerencia en el mundo ideal. De hecho Hegel, el profesor, fue removido temporalmente del trabajo debido a un acontecimiento muy material, la batalla de Jena. Pero aunque los escritos y el pensamiento de Hegel podían ser interrumpidos por una bala del mundo material, lo que movía la mano en el gatillo del revólver, a su vez, eran las ideas de libertad e igualdad que había impulsado la Revolución Francesa.

Para Hegel toda conducta humana en el mundo material y, por tanto, toda historia humana, está enraizada en un estado previo de conciencia; idea similar, por cierto, a la expresada por John Maynard Keynes cuando decía que las opiniones de los hombres de negocio generalmente derivaban de economistas difuntos y escritor-zuelos académicos de generaciones pasadas. Esta conciencia puede no ser explícita y su existencia no reconocerse, como ocurre con las doctrinas políticas modernas, sino adoptar, más bien, la forma de la religión o de simples hábitos morales o culturales. Sin embargo, esta esfera de la conciencia a la larga necesariamente se hace manifiesta en el mundo material; en verdad, ella crea el mundo material a su propia imagen. La conciencia es causa y no efecto, y puede desarrollarse autónomamente del mundo material; por tanto, el verdadero subtexto que subyace a la maraña aparente de acontecimientos es la historia de la ideología.

El idealismo de Hegel no ha sido bien tratado por los pensadores posteriores. Marx invirtió por completo las prioridades de lo real y lo ideal, relegando toda la esfera de la conciencia —religión, arte, cultura y la filosofía misma— a una "superestructura" que estaba determinada enteramente por el modo de producción prevaleciente. Además, otra desafortunada herencia del marxismo es nuestra tendencia a atrincherarnos en explicaciones materialistas o utilitarias de los fenómenos políticos o históricos, así como nuestra inclinación a no creer en el poder autónomo de las ideas. Un ejemplo reciente de esto es el enorme éxito de *The Rise and Fall of Great Powers*, de Paul Kennedy, que atribuye la decadencia de las grandes potencias simplemente a una

⁴ Esta noción se expresaba en el famoso aforismo del prefacio a la *Philosophy of History* para señalar que "todo lo que es racional es real, y todo lo que es real es racional".

⁵ Para Hegel, en verdad, la dicotomía misma entre el mundo ideal y el material era sólo aparente, y ésta sería finalmente superada por el sujeto auto-consciente; en su sistema, el mundo material, de por sí, no es más que un aspecto de la mente.

excesiva extensión económica. Obviamente que ello es verdad en cierta medida: un imperio cuya economía escasamente sobrepasa el nivel de subsistencia no puede mantener sus arcas fiscales indefinidamente en déficit. El que una sociedad industrial moderna, altamente productiva, decida gastar el 3 o el 7% de su PIB en defensa, en lugar de bienes de consumo, se debe exclusivamente a las prioridades políticas de esa sociedad, las que a su vez se determinan en la esfera de la conciencia.

El sesgo materialista del pensamiento moderno es característico no sólo de la gente de izquierda que puede simpatizar con el marxismo, sino también de muchos apasionados antimarxistas. En efecto, en la derecha existe lo que se podría llamar la escuela *Wall Street Journal* de materialismo determinista, que descarta la importancia de la ideología y la cultura y ve al hombre esencialmente como un individuo racional y maximizador del lucro. Precisamente es esta clase de individuo y su prosecución de incentivos materiales el que se propone en los textos de economía como fundamento de la vida económica en sí⁶. Un pequeño ejemplo ilustra el carácter problemático de tales puntos de vista materialistas.

Max Weber comienza su famoso libro *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, destacando las diferencias en el desempeño económico de las comunidades católicas y protestantes en toda Europa y América, que se resume en el proverbio de que los protestantes comen bien mientras los católicos duermen bien. Weber observa que de acuerdo a cualquier teoría económica que postule que el hombre es un maximizador racional de utilidades, al elevarse la tarifa por trabajo entregado se debería incrementar la productividad laboral. Sin embargo, en numerosas comunidades tradicionales de campesinos, en realidad, el alza de la tarifa por trabajo entregado producía el efecto contrario, es decir, “disminuía” la productividad del trabajador: con una tarifa más alta, un campesino acostumbrado a ganar dos marcos y medio al día concluía que podía obtener la misma cantidad trabajando menos, y así lo hacía porque valoraba más el ocio que su renta. La elección del ocio sobre el ingreso, o la vida militarista del hoplita espartano sobre la riqueza del comerciante ateniense, o aun la vida ascética del antiguo empresario capitalista, sobre aquella holgada del aristócrata tradicional, no puede realmente explicarse por el trabajo impersonal de las fuerzas materiales, sino que procede eminentemente de la esfera de la conciencia, de lo que en términos amplios hemos etiquetado aquí de ideología. Y, en efecto, un tema central de la obra de Weber era probar que, contrariamente a lo que Marx había sostenido, el modo de producción material, lejos de constituir la “base”, era en sí una “superestructura” enraizada en la religión y la cultura, y que para entender el surgimiento del capitalismo moderno y el incentivo de la utilidad debía uno estudiar sus antecedentes en el ámbito del espíritu.

Cuando se observa el mundo contemporáneo, la pobreza de las teorías materialistas del desarrollo económico se hace del todo evidente. La escuela *Wall Street Journal* de materialismo determinista suele llamar la atención sobre el sorprendente éxito económico de Asia en las últimas décadas como prueba de la viabilidad de las economías de libre mercado, implicando con ello que todas las sociedades

⁶En efecto, los economistas modernos, reconociendo que el hombre no siempre se comporta como un maximizador del lucro, postulan una función de la utilidad, la que puede ser el ingreso o algún otro bien que podría maximizarse: ocio, satisfacción sexual o el placer de filosofar. El que el lucro deba ser reemplazado por un valor como la utilidad indica cuán convincente es la perspectiva idealista.

experimentarían un desarrollo similar si sólo dejaran que su población persiguiera libremente sus intereses materiales. Por cierto, los mercados libres y los sistemas políticos estables son una precondition necesaria para el crecimiento económico capitalista. Pero también es cierto que la herencia cultural de esas sociedades del Lejano Oriente, la ética del trabajo, el ahorro y la familia; una herencia religiosa que no restringe, como lo hace el Islam, ciertas formas de conducta económica y otras cualidades morales profundamente arraigadas, son igualmente importantes en la explicación de su desempeño económico⁷. Y, sin embargo, el peso intelectual del materialismo es tal que ni una sola teoría contemporánea respetable del desarrollo económico aborda seriamente la conciencia y la cultura como la matriz dentro de la cual se forma la conducta económica.

La incapacidad de entender que las raíces del comportamiento económico se encuentran en el ámbito de la conciencia y la cultura, conduce al error común de atribuir causas materiales a fenómenos que son, esencialmente, de naturaleza ideal. Por ejemplo, los movimientos reformistas, primero en China y más recientemente en la Unión Soviética, se suelen interpretar en Occidente como el triunfo de lo material sobre lo ideal, esto es, se reconoce que los incentivos ideológicos no podían reemplazar a los materiales como estímulo para una economía moderna altamente productiva, y que si se deseaba prosperar había que apelar a formas menos nobles de interés personal. Pero los principales defectos de las economías socialistas eran evidentes hace treinta o cuarenta años para quienquiera que las observase. ¿Por qué razón estos países vinieron a distanciarse de la planificación central sólo en los años 80? La respuesta debe buscarse en la conciencia de las élites y de los líderes que los gobernaban, que decidieron optar por la forma de vida "protestante" de riqueza y riesgo, en vez de seguir el camino "católico" de pobreza y seguridad⁸. Ese cambio, de ningún modo era inevitable, atendidas las condiciones materiales que presentaba cada uno de esos países en la víspera de la reforma, sino más bien se produjo como resultado de la victoria de una idea sobre otra.⁹

Para Kojève, como para todos los buenos hegelianos, entender los procesos subyacentes de la historia supone comprender los desarrollos en la esfera de la conciencia o las ideas, ya que la conciencia recreará finalmente el mundo material a su propia imagen. Expresar que la historia terminaba en 1806 quería decir que la evolución ideológica de la humanidad concluía en los ideales de las revoluciones francesa o norteamericana.

⁷ Basta observar el desempeño reciente de los inmigrantes vietnamitas en el sistema escolar norteamericano, en comparación al de sus compañeros negros o hispanicos, para darse cuenta de que la cultura y la conciencia son absolutamente cruciales para explicar no sólo la conducta económica, sino también casi todo otro aspecto importante de la vida.

⁸ Entiendo que una cabal explicación de los orígenes de los movimientos de reforma en China y Rusia es algo bastante más complicado que lo que sugeriría esta simple fórmula. La reforma soviética, por ejemplo, fue motivada en gran medida por la sensación de "inseguridad" de Moscú en el campo tecnológico-militar. No obstante, ninguno de los países, en vísperas de las reformas, se encontraba en tal estado de crisis "material" que uno pudiese haber predecido los sorprendentes senderos de reforma finalmente emprendidos.

⁹ Aún no está claro si los soviéticos son tan "protestantes" como Gorbachov y si seguirán esa senda.

Aunque determinados regímenes del mundo real no aplicaran cabalmente estos ideales, su verdad teórica es absoluta y no puede ya mejorarse. De ahí que a Kojève no le importaba que la conciencia de la generación europea de posguerra no se hubiese universalizado; si el desarrollo ideológico en efecto había llegado a su término, el Estado homogéneo finalmente triunfaría en todo el mundo material.

No tengo el espacio ni, francamente, los medios para defender en profundidad la perspectiva idealista radical de Hegel. Lo que interesa no es si el sistema hegeliano era correcto, sino si su perspectiva podría develar la naturaleza problemática de muchas explicaciones materialistas que a menudo damos por sentadas. Esto no significa negar el papel de los factores materialistas como tales. Para un idealista literal, la sociedad humana puede construirse en torno a cualquier conjunto de principios, sin importar su relación con el mundo material. Y, de hecho, los hombres han demostrado ser capaces de soportar las más extremas penurias materiales en nombre de ideales que existen sólo en el reino del espíritu, ya se trate de la divinidad de las vacas o de la naturaleza de la Santísima Trinidad.¹⁰

Pero aunque la percepción misma del hombre respecto del mundo material está moldeada por la conciencia histórica que tenga de éste, el mundo material a su vez puede afectar claramente la viabilidad de un determinado estado de conciencia. En especial, la espectacular profusión de economías liberales avanzadas y la infinitamente variada cultura de consumo que ellas han hecho posible, parecen simultáneamente fomentar y preservar el liberalismo en la esfera política. Quiero eludir el determinismo materialista que dice que la economía liberal inevitablemente produce políticas liberales, porque creo que tanto la economía como la política presuponen un previo estado autónomo de conciencia que las hace posibles. Pero ese estado de conciencia que permite el desarrollo del liberalismo parece estabilizarse de la manera en que se esperaría al final de la historia si se asegura la abundancia de una moderna economía de libre mercado. Podríamos resumir el contenido del Estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política unida a un acceso fácil a las grabadoras de video y los equipos estéreos en la económica.

¹⁰ La política interna del Imperio Bizantino en la época de Justiniano giraba en torno al conflicto entre los así llamados monofisitas y los monoteístas, que creían que la unidad de la Sagrada Trinidad tenía, alternativamente, un carácter natural y voluntario. Este conflicto correspondía hasta cierto punto al que existía entre los partidarios de los distintos corredores del hipódromo de Bizancio, y llegó a un nivel no poco importante de violencia política. Los historiadores modernos tenderían a buscar las raíces de esos conflictos en los antagonismos entre clases sociales o en otra categoría económica moderna, rehusándose a creer que los hombres se matarían unos a otros por la naturaleza de la Trinidad

Sobre el 15-M:

Machado Montoya, Rafael. (2011): "Movimiento 15-M: ¿Revolución o Cambio Social?", Spanish Evolution, 20 de mayo.

Gallardo, Juanjo. (2011): "15M, ¿Grupo de presión o germen de un cambio social?", Rebelión, España, La indignación toma las plazas. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=130926>

Asamblea de Las Rozas y diversos Grupos de Trabajo de Sol. (2011): "13N – CAMBIO DE MODELO YA – Movilización Estatal – manifiesto completo", 16 de octubre. <http://madrid.tomalaplaza.net/2011/10/16/13n-manifiesto-completo/>

Movimiento 15-M: ¿Revolución o Cambio Social?

Posted on 20/05/2011 | 1 comentario

El 07 de abril del 2011, un día como cualquier otro, dos mil personas salieron a protestar en Madrid debido a la crisis que azota a España. Sin embargo, la protesta no era de las normales en donde se exige un aumento de un tanto por ciento en el salario, o se pide una vivienda; en este caso, las demandadas eran de contenido ético. Además de esto, otro dato interesante fue que la movilización fue convocada por una plataforma llamada Juventud Sin Futuro[1]. Fundamentalmente se trataba de jóvenes estudiantes organizados desde las redes sociales que decidieron saltar de la realidad virtual a protestar en las calles, esto, sin líderes definidos. Aquella primera manifestación no hubiese pasado de ser una interesante anécdota si no fuese por otra convocatoria más célebre del pasado 15 de mayo desde la plataforma Democracia Real Ya bajo el lema "no somos mercancías en manos de políticos y banqueros".

Esta vez, las concentraciones fueron mucho más potentes, en distintas ciudades de todo el país, acampando en muchas y diciendo que no se moverían hasta obtener respuestas a sus exigencias en lo que más recientemente se ha denominado como el movimiento de los "Indignados"[2]. Aunque la narrativa se va perfilando, en nuestra opinión se exponen dos peculiaridades principales como constantes: una de contenido existencial y otra de carácter organizacional que nos dan importantes pistas de lo que sucede.

Cuando hablamos de protestas éticas, estas se explican debido a que efectivamente existe consenso en que hay un problema real –aunque abstracto- y su solución pasa por la transformación moral del sistema. Millones de españoles se aglutinan en torno a la protesta coincidiendo en que las cosas andan "mal" que deben "cambiar" por lo que están "Indignados". Palabras clave tales como: precariedad, paro, privatización de la educación, no futuro, son envueltas por el concepto de corrupción para la articulación del discurso. Y para entender qué debe "cambiar", como causa y responsable, fue identificado el bipartidismo pues, de acuerdo a los argumentos expuestos, éste no es representativo de la mayoría por aceptar que estos paguen los desafueros de los banqueros[3]. Aunque suena duro, hasta aquí, la narrativa se podría configurar dentro de los esquemas de cambio social en una primera fase. No aparecen por ningún lado propuestas ideológicas de grupos que se puedan contextualizar dentro de los esquemas conspirativos que describe T. Kuran[4], y más bien parece un cambio de equilibrio o de ajuste, y no de estructura, como lo estableció T. Parson. Hasta ahora, no corresponde a

una revolución, sino a un brote de lo que se asoma como una señal del natural proceso de cambio social. Incluso, promovido por los gobiernos democráticos de los últimos 30 años, a través de sus políticas educativas y de libertades públicas.

El segundo aspecto, relativo a las dinámicas organizativas, pone de manifiesto que al parecer estamos frente a la Sociedad de Red y sus relaciones de identidad, producción, y poder tal como lo expuso M. Castells cuando abordó el complejo tema del cambio social en su bestseller *La Era de la Información*[5]. El reclamo de los manifestantes en torno a los banqueros pone de manifiesto que la población es consciente de que el modelo Estado-Nación presenta fallas a la hora de defender los intereses de la población frente a los causantes de la crisis que se refugian tras legislaciones que debilitan el modelo. El modelo de Estado-Nación se encuentra diseñado para defender a sus integrantes, es su misión fundamental, al menos del español, como lo establece la Constitución desde su preámbulo:

“La Nación española, deseando establecer la justicia, la libertad y la seguridad y promover el bien de cuantos la integran, en uso de su soberanía, proclama su voluntad...”

Si esto falla, es natural que la gente proteste pues han sido educados en estos códigos. Por eso vale la pena recordar un artículo de Castells en donde se refiere al Estado Red:

“...no estamos ante el fin del Estado, ni siquiera del Estado nación, sino ante el surgimiento de una forma superior y más flexible de Estado... Aquellos Gobiernos, o partidos, que no entiendan la nueva forma de hacer política y que se aferren a reflejos estatistas trasnochados serán simplemente superados por el poder de los flujos y borrados del mapa político por los ciudadanos tan pronto su ineffectividad política y su parasitismo social sea puesto de manifiesto por la experiencia cotidiana. O sea, regularán himnos nacionales para que sean obligatorios y luego añadirán «excepto cuando proceda». No estamos en el fin del Estado superado por la economía, sino en el principio de un Estado anclado en la sociedad...”[6]

Estos dos aspectos pintan en que se trata de un cambio social. Queda entonces interpretar los hechos y peticiones populares para poder encausar los cambios y acabar así con las protestas en virtud de crear un ambiente constructivo y evitar probables conflictos si se frustran los cambios.

¿Qué quieren?

En cuanto a la memoria colectiva, el cómo se llega a estas conclusiones sigue siendo aún un tema de investigación. Es decir, se sabe que la memoria colectiva se perfila por consenso y sigue unas reglas para llegar a éste, pero aún se estudian los mecanismos y dinámicas de dicho proceso[7]; por lo tanto miraremos los términos narrativos, en que esa abstracción de “la crisis” o estar “mal” es delineada para que existan “Indignados”.

El problema para conseguir una solución consiste en que la lista de exigencias se hace larga al tratar de identificar el problema de la crisis, así como en conciliar millones de opiniones de indignados. Se hace evidente que podrían existir al menos un centenar de prioridades en que convergen la mayoría de los españoles, pero el esperar a elaborar dicha lista sólo podría añadir más presión arriesgando la estabilidad política; requisito

indispensable para la convivencia y, precisamente, para alcanzar la solución del problema. Cómo vemos en el periódico el País[8] se realiza una lista de nueve prioridades:

Participación permanente en la vida política; Un nuevo modelo económico; Gestión pública y transparente; Medio Ambiente; Feminismo e igualdad; Cultura libre; Vivienda; Empleo; y Educación.

Conclusión

Lo que se hace evidente es que la gente que protesta identifica que en todo caso desea participar en las grandes decisiones que marcan la salida de la crisis. Pareciese que solo puede suceder esto abriendo un proceso refrendario tal como algunos lo proponen desde el principio[9]. Sería interesante ver si estas plataformas serán capaces de establecer una ONG, o algún tipo de organización para llevar adelante un proyecto coherente de democracia participativa donde converjan todas las necesidades y criterios sociales. O, si por el contrario, las protestas se desinflan. Probablemente existen otras posibilidades pero hasta ahora todas son impredecibles.

[1] http://www.elpais.com/articulo/espana/manifestacion/Juventud/Futuro/acaba/bronca/elpepuesp/20110407elpepunac_4/Tes

[2] Resulta al menos difícil de creer que el autor del bestseller *Indignados*, Stéphane Hessel de 93 años pueda ser calificado como el líder de las protestas.

[3] Ver Pactos políticos de la Moncloa
http://es.wikipedia.org/wiki/Pactos_de_la_Moncloa.

[4] En su ensayo *Sparks and Prairie Fires: A Theory of Unanticipated Political Revolutions*. Timur Kuran explicó cómo el establishment es sorprendido por revoluciones y no sabe cómo reaccionar por lo que estas triunfan.

[5] Ver trilogía de *La Era de La Información: economía, sociedad y cultura*. Manuel Castells. Editorial Siglo XXI. 1999.

[6] <http://www.geocities.ws/posdatas/castells0207.html>

[7] "...críticos tales como Claudio Fogu y Wulf Kansteiner reprochan la metodología para conectar la memoria colectiva y la memoria individual, y aseguran que se encuentra pobremente teorizada. Muchos estudios señalan que a pesar de la evidente conexión social en los recuerdos, los individuos son más proclives a procesar recuerdos y construir narrativas independientemente de su cultura, clase, generación, y otros códigos sociales". Pg 10 *The Politics of memory in Postwar Europe*. Duke University Press. 2006.

[8] http://politica.elpais.com/politica/2011/05/19/22m/1305801136_256482.html

[9]http://www.elpais.com/articulo/sociedad/necesario/sociedad/civil/tenga/voz/propia/elpepuesp/20110511elpepusoc_6/Tes



Movimiento 15-M: ¿Revolución o Cambio Social? by [Rafael Machado Montoya](#) is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported License](#).

5M, ¿Grupo de presión o germen de un cambio social?

Juanjo Gallardo. Rebelión

“La libertad no es sino un vano fantasma cuando una clase de hombres puede dominar por el hambre a la otra impunemente. La igualdad no es mas que un vano fantasma cuando el rico, por el monopolio, ejerce el derecho de vida y muerte sobre sobre su semejante”

Jacques Roux, 25 de junio de 1793 en la Convención

Las manifestaciones del domingo 19 de junio convocadas por 15M han sido un rotundo éxito. No tanto, como dice un amortizado políticamente Felip Puig, porque han sido pacíficas (“Els matins de TV3” del día 20J), sino por el nivel de asistencia. Al margen de la guerra de datos y guiándonos por los cálculos de la propia prensa (sigo en esto a *El País*), sólo Barcelona congregó a casi 100.000 personas. No es baladí tomar como referencia el caso de Barcelona. Aquí fue donde se produjeron lo que algunos declaran como lamentables sucesos de “kale borroka”, de “guerrilla urbana” y de atentado a la democracia al mismo nivel que el 23F. Se trataba, con estos calificativos, no sólo de criminalizar el movimiento (siempre en minúscula) de las acampadas y del 15M, sino de intentar introducir un elemento de miedo en ese sector de la población que ve con simpatías las movilizaciones para restar, en la medida de lo posible, el máximo de asistencia a la manifestación del 19J.

Prueba superada. El reto planteado ha sido una victoria del movimiento ciudadano y tiene un doble valor. Por un lado, porque una parte importante de la ciudadanía ha perdido el miedo a las proclamas que vienen del poder y su prensa adicta y ha dado una respuesta masiva a los intentos de abortar el 15M de una tacada. Respuesta engrandecida como reacción al intento de criminalizar el movimiento. Que no se olviden de esto porque ya ocurrió tras los sucesos de la Pza. de Catalunya y puede volver a ocurrir. Por otro lado, esa manifestación relanza de nuevo las expectativas de todo lo que se cuece con estas movilizaciones. Hemos visto llegar al centro de la ciudad a columnas ingentes de personas procedentes de barrios de Barcelona y de ciudades de su área metropolitana (Hospitalet, Badalona, Santa Coloma de Gramenet, Mataró, etc.), síntoma de vitalidad, de que en cada núcleo de población existirá un altavoz organizado de las proclamas que el movimiento vaya planteando.

El fenómeno, por tanto, va para largo. Pero es necesario seguir analizando deficiencias, contradicciones y la dirección que pueda seguir.

Bajo mi punto de vista son dos las cuestiones que debe dilucidar el movimiento.

Por un lado, centrar sus objetivos de tipo político, económico y social. Las reivindicaciones económicas y sociales quedan claras en la cantidad de propuestas que se han ido haciendo desde las comisiones y asambleas de las acampadas: retirada de la reforma laboral, mantenimiento de las pensiones y de la edad de jubilación, no a los recortes en sanidad y educación, no ceder en las nuevas propuestas de negociación colectiva que plantea la patronal (vía Marchioni para FIAT), no a los desahucios, entrega de la vivienda a cambio de la hipoteca, seguir en la vivienda “desahuciada” a cambio de un alquiler, tasa Tobin, fin paraísos fiscales y otras muchas más que aquí no aparecen. Fijémonos que estas propuestas no dejan de ser asumibles por el sistema, no plantean un giro o transformación revolucionaria de la sociedad. En ningún momento se pone en cuestión la propiedad de los medios de producción. Cualquier programa de una socialdemocracia coherente podría hacer suyos estos objetivos (por ahí iban los “sueños” de Julio Feo, Secretario General de Presidencia con Felipe González, en *Público* el día 12 de junio de 2011. También las declaraciones de Carmen Chacón el 20 de junio de 2011 donde mostraba que las reivindicaciones son “no sólo razonables, sino también posibles”). Pero aunque no son de carácter transformador, estos objetivos tienen la virtud de poner en cuestión el dogma neoliberal, y la consecución de un cambio en la orientación del sistema ya sería una gran victoria ciudadana. La toma de conciencia colectiva de que las cosas pueden cambiarse mediante la movilización popular nos ayudaría a alejarnos de aquel “No hay alternativa” con que Margaret Thatcher comenzó su revolución conservadora. Podría ser el inicio de una nueva fase de movilizaciones sociales que, quizás, apuntara hacia algo más allá que a una simple gestión del sistema. Esta orientación es una necesidad. Aquello de *socialismo o barbarie* es una alternativa más presente que nunca. El sistema se aboca a una crisis generalizada que pone el acento no sólo en cuestiones de orden económico, sino sobre todo ecológico y que ponen a la humanidad frente a un reto dramático (Fernández Duran dixit y pancartas repiten: “Quien crea que se puede crecer infinitamente en una tierra finita es que está loco o es un agente del FMI”)

Pero si en el tema de los objetivos económicos y sociales, los referentes están más o menos claros, es en las reivindicaciones de tipo político (el eterno tema del poder) donde la reflexión sobre el movimiento 15M se hace más difícil. Desde instancias de orden (políticas y mediáticas) se contraponen la legitimidad de los millones de votos que tienen los partidos a la representatividad social que tiene el movimiento. Es una disyuntiva falsa en la que no debe entrar el movimiento, que por otro lado lo tiene muy claro. Pero sí es cierto que debemos reflexionar sobre la evolución política del mismo.

Hasta ahora, las reivindicaciones de carácter político se han circunscrito al cuestionamiento de la democracia representativa (“no nos representan”, “dicen que es democracia y no lo es”) y las propuestas van desde un cambio de la Ley Electoral para hacerla más proporcional, listas abiertas, etc. a la dignificación de la actividad política exigiendo el fin de los privilegios económicos de los que disfrutaban la clase política o la no inclusión en las listas de imputados por corrupción y se llega a cuestionar a todos los partidos políticos (incluido IU, recordemos los zarandeos a Cayo Lara en las protestas contra los desahucios). Hasta qué punto se ha degradado la democracia liberal (y la

izquierda tradicional que la acepta) para que este tipo de reivindicaciones aparezcan, en ciertos ámbitos, como un cuestionamiento general de la propia democracia. Tampoco estos objetivos apuntan hacia una transformación revolucionaria del sistema político sino sólo a su regeneración, aunque es cierto que en las asambleas el espíritu que se respira cuando se analizan estos aspectos, es la necesidad de avanzar hacia un cuestionamiento del actual orden socio-económico en la línea altermundista de “otro mundo es posible”.

Otro aspecto que aparece en el debate es cómo se deben canalizar estas reivindicaciones. Tertulianos y columnistas que simpatizan con el 15M se cansan de alertar a la clase política de que el movimiento es un síntoma de profundo e interclasista malestar y que si no se tienen en cuenta sus peticiones y las vehiculan políticamente la situación puede tornarse explosiva. Los propios indignados de Barcelona se quejan de que los políticos no les han hecho caso hasta ahora (Manifiesto de los indignados tras la manifestación del 19J, en *Público* 21 de junio de 2011: “parece mentira que los políticos y los partidos sigan sin escuchar”). Tanto unos como otros coinciden en que es la actual clase política, a la que el propio movimiento deslegitima, la que debe rectificar ante la presión ciudadana: ¿Significa esto que el movimiento se convierte en un simple grupo de presión que desde fuera del sistema obliga a este a tener en cuenta sus reivindicaciones? ¿O el movimiento terminará creando nuevas formas de contrapoder ciudadano que terminen en una transformación política de suficiente profundidad como para reorientar el rumbo social y económico al que nos conduce el capitalismo? Creo modestamente que aquí se encuentra uno de las encrucijadas fundamentales del movimiento.

Yo parto de la premisa (que las circunstancias históricas pueden hacer variar) de que el *asalto al Palacio de Invierno* ha quedado en el baúl de la historia. Ya no se trata de plantearse un asalto al poder por parte de una minoría bien organizada que se atribuye la representación de una clase social que es el sujeto de la revolución (ni partido vanguardia, ni proletariado revolucionario son conceptos que podamos utilizar hoy en día), pero esto no significa que el tema del poder no deba estar en nuestra agenda de análisis.

Pero si estamos de acuerdo en esta premisa, surgen varias reflexiones que propongo como elemento de reflexión:

- Debemos jugar en su propio campo. Se deben utilizar los medios políticos e institucionales que proporciona la propia democracia liberal para profundizar en ella y transformarla en base a nuevos valores que fomenten el control de la ciudadanía sobre sus representantes.
- Sólo la existencia de un fuerte tejido social bien organizado (por lo tanto se debe contribuir a su fortalecimiento) es garantía de que la participación institucional no termine absorbiendo al movimiento (recordemos al movimiento de los verdes en Alemania)
- Este tejido social debe ser autoorganizado y recoger muchas de las formas de funcionamiento que ha puesto en vigor el 15M: las asambleas (barrios, distritos, etc.) como órganos determinantes en la toma de decisiones.
- Una primera instancia de acceso al control de la administración pueden ser los ayuntamientos, órganos de administración cercana a los ciudadanos y más fácilmente controlables por la ciudadanía organizada. Es en este ámbito donde se

pueden ir imponiendo fórmulas como: plenos abiertos a las entidades y ciudadanos, presupuestos participativos, control de medios de comunicación locales por la ciudadanía, impulso a la organización de los sectores más castigados por el sistema, medidas de carácter medioambiental a las empresas, fomento de empresas locales de economía social, trabajo intercomunitario que favorezca la convivencia social y evite la vorágine xenófoba y el ascenso del fascismo, impulso a alternativas culturales...

- Candidatos surgidos de las propias asambleas. Si son elegidos, rotación anual de los representantes. Control de su actividad por las propias asambleas.
- La coordinación y solidaridad intermunicipal para crear contrapoder popular al estado central.

Estas son sólo algunas de las propuestas que ya están surgiendo en algunos municipios catalanes en torno a candidaturas surgidas del tejido social asambleario y antagónico al sistema actual (son variados y surgidos localmente, entre ellos aparecen las CUP, Candidaturas de Unidad Popular, pero también experiencias como la de Santa Coloma de Gramenet con el grupo denominado Gent de Gramenet). Es un fenómeno anterior al movimiento 15M, pero es seguro que deberán adaptar su proyecto a esta nueva realidad que está obligando a cambiar las agendas políticas.

Es evidente que estas reflexiones deben llevar a un análisis sobre el futuro del movimiento, sus relaciones con las instituciones ya existentes, el calado transformador de sus propuestas, cómo contribuirá al fortalecimiento de los movimientos sociales pre-existentes, etc.

Mientras tanto fortalezcamos al propio movimiento.

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una licencia de Creative Commons, respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.

MOVILIZACIÓN ESTATAL DEL MOVIMIENTO 15M

13 DE NOVIEMBRE

En el marco del capitalismo neoliberal actual se están realizando en el estado español **recortes sociales y económicos sin precedentes**: especialmente con el Pacto por el Euro y la reciente reforma de la Constitución, hecha por exigencia de gobiernos extranjeros y robando al pueblo la posibilidad de expresarse a través de un referéndum. Esta reforma prohíbe el déficit público para posibilitar la estatización de la deuda privada y asegurarle a la banca el cobro de la deuda, a costa de reducir la inversión en educación, sanidad y pensiones, lo que conlleva el deterioro, privatización y encarecimiento de los servicios públicos. Medidas que, en definitiva, están destinadas a que seamos los ciudadanos quienes paguemos por la crisis.

Con el 20,5% de la población desempleada (5 millones de personas paradas), una tasa de paro juvenil del 41,7% de la población activa, y 2 millones de menores en situación

de pobreza relativa, desde 2010 ha habido una reducción salvaje en ayudas y recursos, y un tijeretazo a través de Decreto-Ley 20/5/2010 con la congelación de pensiones, el recorte de salarios y personal público y la eliminación de servicios especializados.

Es una nueva fase de capitalismo salvaje en la que están desapareciendo los últimos restos del Estado de Bienestar Social, que se produce con la privatización y mercantilización de todas las esferas de la vida. Recordemos que lo público es de todas las personas, y su desaparición significa un aumento de los privilegios de unos pocos, en detrimento de los derechos sociales y políticos de todas las personas.

En el caso de España hay, además, un problema que es la causa directa de la crisis que se vive en España, y que es transversal a la **corrupción política**, la destrucción medioambiental, el déficit en servicios públicos, y la totalidad de problemas asociados a la vivienda: **la especulación urbanística**, que se quiere relanzar como fuente principal de la economía. Este sector ha destinado demasiados recursos a construir unos bienes para los que no existía demanda real. El precio social es una deuda privada por encima del 300% del PIB, que se está transfiriendo al Estado para que lo paguemos los ciudadanos, una tasa de paro por encima del 20%, una grave crisis bancaria y un déficit público creciente, como consecuencia de las ayudas a la banca y el aumento del desempleo que requiere ingentes recursos en subsidios.

Las causas y las consecuencias de este modelo económico, social y político son **globales** y se producen en el marco de una homogeneización cultural sin precedentes, de un neocolonialismo global y de una sociedad al servicio del consumismo salvaje. En este proceso están implicadas **todas las administraciones** (europea, estatal, autonómicas y municipales) independientemente de su “color político”, con muy pocas excepciones, gracias a la corrupción sistémica y a la dictadura de facto de los mercados, la banca y las multinacionales, encubiertas por la complicidad de los medios de comunicación, alentadas por una justicia ineficaz, y por la **ausencia de participación ciudadana**.

Por ello exigimos un **¡CAMBIO DE MODELO YA!:**

La Potenciación de lo público frente a lo privado, impidiendo la privatización y expolio del patrimonio y de los servicios públicos como el agua, la sanidad y la enseñanza. O como las Cajas de ahorros, regaladas después de sanearlas. Exigimos una banca pública ya. Porque lo público es de todos, y lo privado de unos pocos.

- **Una democracia no secuestrada por los mercados** frente a los abusos y la dictadura de la banca y las multinacionales, y la distribución desigual de la riqueza. Exigimos el fin del fraude fiscal, de los paraísos fiscales y una fiscalidad progresiva para que paguen más impuestos los que más tienen. Recuperemos el dinero que nos ha robado la banca. Porque no es justo que se ahogue la economía de todos para premiar a aquellos que han causado la crisis.
- **Una economía social y ecológicamente sostenible, basada en la justicia social**, que reconozca que el trabajo es la única fuente de creación de riqueza, que respete los derechos laborales tan duramente conquistados. Porque la precarización del trabajo es perjudicial para el conjunto de la sociedad y porque el actual modelo es fuente de corrupción y crisis.

- **Persecución real de la corrupción y eliminación de todas las leyes que la favorecen**, como las de financiación municipal y de partidos políticos, ley electoral justa. Todos los corruptos fuera de poder. Incompatibilidad de cargos públicos y privados. Presupuestos participativos. Porque esto significa mayor democracia para todos.
- **Unos modelos de información y participación democráticos y horizontales**. Medios de información que den acceso real a los a los ciudadanos a los medios de comunicación. Audiencia pública de autoridades. Consulta ciudadana/vecinal. Juicios ciudadanos expertos. Elección ciudadana del poder judicial. Gobierno municipal mediante concejos abiertos. Porque sin esto no hay democracia.
- **Un cambio de modelo urbanístico-territorial**, alejado de la especulación, con una economía diversificada que en ningún caso vuelva a potenciar el ladrillo como fuente principal, con moratorias en la recalificación de suelos y la eliminación de todas las figuras legales que favorecen la especulación, gravando las plusvalías inmobiliarias. Porque necesitamos racionalizar este sector descontrolado.
- **La puesta en práctica de políticas para una vivienda digna**, con alquiler social de las viviendas vacías y moratoria en los desahucios por no poder pagar hipotecas, penalización de viviendas vacías, eliminación de ayudas a la compra, limitar el endeudamiento y tasadora pública independiente. Porque es un derecho humano y constitucional.
- **Potenciar la protección del medioambiente**, el respeto y aumento de áreas protegidas, el consumo responsable, el ahorro energético y las energías renovables, una movilidad sostenible con alternativas al vehículo privado, el control de la contaminación y una gestión integral de los residuos basada en el reciclaje, la reducción y la reutilización. Porque no podemos crecer a cualquier precio destruyendo el mundo en que vivimos y nuestros propios recursos.
- **Un cambio en las relaciones internacionales** promoviendo la autodeterminación de los pueblos y una democracia desde la base que determine un cambio del sistema global basado en el poder económico-militar que produce guerras, ocupaciones, saqueo y opresión. Porque no podemos ser cómplices de la violación sistemática de derechos humanos y de la Tierra. Exigimos justicia y respeto absoluto a la soberanía de los pueblos, contra la guerra y por el diálogo entre los pueblos del mundo y en solidaridad con todos aquellos pueblos que luchan por su libertad.
- **Priorizar los recursos sociales**, el diseño y la planificación de políticas sociales para reducir situaciones de riesgo y luchar contra la pobreza y la exclusión. Exigimos el cierre inmediato de los CIEs (centro de internamiento de extranjeros) y el fin de las redadas racistas. Porque los derechos sociales son de todas las personas sin discriminación ninguna.
- **Una cultura plural**, que nos represente a todas las personas, frente a la homogenización promovida en función de intereses económicos y la prevalencia de una concepción uniforme y mercantilista. Porque la cultura también es un bien común y público, que no podemos reducir a valores de mercado y de un pensamiento único.
- **Una sociedad libre**, basada en el respeto a todas las sexualidades, géneros y afectividades, funcionalidades y capacidades, apariencias, estados de salud y edades, procedencias, creencias y especies: frente a la violencia, los estigmas y las exclusiones sexistas, homófobas, sexófobas, transfobas, clasistas, racistas,

especistas o de cualquier otra índole. Porque nadie debe imponer a nadie una forma de vida.

La propuesta, que salió originalmente de la Asamblea de Las Rozas, **cuenta con el apoyo de los Grupos de Trabajo de Economía, Política a Corto plazo, Transversal, Social, Política Internacional, Transmaricabollo, Subgrupo de Vivienda y Subgrupo de Medioambiente-Ciudad de Sol.**

PARA LA INVESTIGACION DE ESTRUCTURAS GRANDES, PROCESOS AMPLIOS, Y COMPARACIONES ENORMES

Emilio J. Castilla

University of Lancaster, Gran Bretaña

RESUMEN. A lo largo del siglo XIX, grandes cambios sociales, políticos y económicos —y su incompreensión— crean el contexto idóneo para el surgimiento de un aparato científico-ideológico peculiar con el que analizar y explicar esa compleja realidad del momento. En el presente artículo se critican los modelos de estudio estándar de las Ciencias Sociales (en concreto, la investigación social de grandes estructuras y procesos sociales), formulados y aplicados a partir del siglo pasado. Se cuestiona la validez del conjunto de postulados metodológicos fruto del pensamiento social decimonónico. Ello es un paso previo para que se empiece a pensar en un nuevo sistema de investigación social con el que superar los graves desaciertos y errores de la metodología social tradicional. Como alternativa para el estudio de estructuras y procesos amplios, se propone un programa de interpretación social que promueva la comparación sistemática y crítica, y el análisis con base histórica. Este consiste precisamente en potenciar un instrumental científico innovador, que descarte las generalizaciones como objetivo último del estudio social, y que también comprenda los procesos de modernización de las últimas décadas.

Dentro del campo de las doctrinas sociales, la caída de los paradigmas dominantes durante los años sesenta genera un vacío teórico difícil de llenar. Esta misma ausencia provoca que la mayor parte de los/as científicos sociales, a pesar de la confusión e indefinición metodológica general, persistan en sus pretensiones investigadoras clásicas. De esta forma, en los estudios emprendidos por los/as teóricos actuales se tiende a incurrir en dos graves desaciertos. Por un lado, el científico/a se siente tentado de buscar un refinamiento intelectual elevado en su análisis social. Para ello

Reis

60/92 pp. 129-143

cubre sus estudios con un atractivo formal enmascarador y a menudo liso. Influenciado por sus colegas, considera poco el cambio de situación y se inclina hacia la preeminencia de las formas sobre el contenido, así como de las técnicas sobre el fondo del problema. En esta línea de trabajo trata de buscar comparaciones brillantes, cada vez más afinadas. Además, contempla una serie indeterminada de casos, hace referencias a varias ideas y asociaciones y, en general, a variables dinámicas múltiples que son explicativas del proceso a estudiar. El resultado de ese tipo de análisis es lógico: los capítulos están llenos de complejidades, contradicciones y de dudas importantes.

Junto con esta aspiración de descripción de teorías sobre procesos sociales a gran escala aparece también un sentimiento de desesperación e intranquilidad intelectual por parte del analista. Ante la imposibilidad de lograr generalizaciones a partir de fuentes y variables de estudio numerosas experimenta el sin sentido del investigar. ¿Para qué intentar construir teorías precisas sobre *procesos amplios* y *estructuras gigantes* si la propia experiencia social muestra la imposibilidad de tal propósito? ¿Por qué engañarnos en pensar que a partir de un grupo homogéneo de casos de la realidad social vamos a poder inducir una teoría simple e integradora de la veracidad de enunciados universales sociales? ¿Cuáles son los límites de la generalización? ¿Cuáles deben ser los límites de la concreción a nivel de la investigación social contemporánea?

EN TORNO A TILLY

Para solucionar algunas de estas cuestiones sobre investigación social se puede profundizar y reflexionar sobre aportaciones como la reciente del sociólogo Charles Tilly. Si no se logra solucionar este desorden en el método de indagación social, sí que al menos se habrá cuestionado los presupuestos arraigados de eficacia y fidelidad con el objetivo primero de las Ciencias Sociales. Es, pues, un primer paso importante para que se empiece ya a pensar en descubrir una nueva alternativa metodológica en los análisis sociales del siglo xx. Tilly sostiene que la intención del teórico/a social de abarcar la totalidad de la realidad o de cierta esfera social es equívoca. La tendencia simplificadora de las generalizaciones a la hora de concebir la naturaleza del cambio social delata esta propia ineficiencia analítica de la que escribe Tilly¹.

Pero los problemas de concepción y metodología son aún más importantes. Tanto las nuevas tecnologías como los experimentos estilísticos

¹ El texto básico que se debate aquí es el Charles TILLY, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (Madrid: Alianza Editorial, 1991), 204 pp. La edición original del libro es Charles TILLY, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1984), 204 pp. La traducción es de Ana Balbás.

propios del siglo XX adolecen de una cierta dependencia ideológica decimonónica. Muchas de las teorías sociales existentes sobre cambio y organización social, así como numerosas instituciones que se presentan como propias de la era actual, aparecen dominadas por los idealismos del Ochocientos. La paradoja a la que se enfrentan los/as pensadores sociales es significativa: la evolución económica, social y política del siglo XIX afecta de manera profunda el presente y parece que todavía afectará más al futuro. El consejo es claro: «Debemos agarrarnos a los problemas planteados en el siglo XIX, pero huir de su aparato intelectual» (p. 80). Es ingenuo pretender entender la dinámica social de hoy en día a partir de las concepciones legadas por la centuria pasada.

El libro de Charles Tilly *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* es una propuesta de solución a la confusión metodológica actual. Critica muchos de los modelos y metodologías de estudio estándar de las Ciencias Sociales. Como alternativa a tales paradigmas defiende la reconstrucción de un equipamiento intelectual válido en función siempre de las exigencias actuales del entorno social dada su complejidad. Este instrumental analítico es imprescindible que entienda la evolución social importante de los últimos siglos para poder así investigar el hoy y quizá el mañana. Ese equipamiento intelectual, alternativo a las ideas decimonónicas fruto del simplismo analítico y del cientifismo rígido, permite la comprensión de los grandes cambios que experimenta el mundo del siglo XX: formación y perfeccionamiento del Estado moderno, supuesto proceso de democratización mundial, evolución del comercio internacional. De nada sirve intentar descubrir y reflexionar acerca de las consecuencias de los cambios sociales de los siglos pasado y presente cuando aún se desconoce cómo analizar científicamente las primeras causas motoras de tales procesos sociales. Comprender esos cambios, cuyas consecuencias persisten en la actualidad internacional, debe ser el motivo primordial de un análisis sistemático y reflexivo de procesos amplios, estructuras grandes y comparaciones enormes entre diferentes experiencias sociales.

Con esta responsabilidad científica, el libro, publicado originalmente en el año 1984 (en Nueva York), plantea una crítica constructiva de los postulados asimilados por las disciplinas sociales desde el siglo XIX. A la vez propone una reformulación de objetivos y una renovación metodológica dentro de las Ciencias Sociales. Gramsci advirtió que la crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir, y lo nuevo no acaba de nacer. La contribución de Tilly, enmarcada en materia de sociología histórica², ofrece las claves para rechazar los modelos de organización y cambio social ya

² Junto con obras de autores como Reinhard BENDIX, «Concepts and generalizations in comparative sociological studies», *American Sociological Review*, 28 (1963): 532-539; *Estado Nacional y ciudadanía* (Buenos Aires: Amorrortu, 1976); *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (Berkeley: University of California Press, 1978); Barrington MOORE, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (Barcelona: Península, 1976); *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (Nueva York: Sharpe, 1978); Theda SKOCPOL,

desfasados. Inicia también las posibles vías de desarrollo y perfeccionamiento de la investigación social.

¿Cómo y por qué se codificaron esos primeros modelos? El escenario de la génesis del cientifismo social decimonónico es valioso y aclaratorio en sí mismo. A lo largo de la centuria pasada, los cambios —y su incompreensión— crean el contexto adecuado para que cristalicen muchas de las ideas perniciosas para el análisis de grandes estructuras, amplios procesos sociales y enormes comparaciones. Los/as intelectuales recurren a una serie de argumentos explicativos como reacción a los fenómenos de cambio que están ocurriendo a su alrededor, un conjunto de fenómenos donde la misma novedad despierta ansiedad. Emprenden así la construcción de modelos de estudio, y de técnicas de análisis, que intentan comprender esa realidad social fruto del modelo de acumulación capitalista del siglo XIX³.

«A critical review of Barrington Moore's social origins of dictatorship and democracy», *Politics and Society*, 4 (1973): 1-34; «Wallerstein's world capitalist system: A theoretical and historical critique», *American Journal of Sociology*, 82 (1977): 1075-1089; *Los estados y las revoluciones sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984); Immanuel WALLERSTEIN, *El moderno sistema mundial* (Madrid: Siglo XXI, 1979 y 1984), 2 vols.

³ A lo largo de la historia, el capitalismo se ha caracterizado por su tendencia peculiar a la internalización del capital con el fin de ampliar y desarrollar las bases de acumulación y de reproducción del sistema económico. En una etapa inicial, la expansión del capitalismo está vinculada a la internalización del capital comercial. Se produce así un crecimiento extraordinario en el comercio de bienes y servicios a nivel internacional (el comercio exterior de los países evoluciona más rápidamente que la producción). Avanzada la segunda mitad del siglo XIX, también se asiste a un importante proceso de internalización del capital-dinero (capital financiero). Se detecta por el gran auge de la exportación de capitales hacia otros países extranjeros. Los flujos monetarios, que aumentan considerablemente en ese período desde los centros capitalistas «viejos» hacia los países periféricos, se destinan casi de un modo exclusivo a la explotación de los recursos naturales (primordialmente actividades extractivas de primeras materias que generan gran rentabilidad). Desde entonces, esta implantación en las economías del capitalismo periférico de un modelo primario de exportación inicia, como señala André G. Frank, el «desarrollo del subdesarrollo», o la expansión estructural del «capitalismo bastardo», como apunta Furtado. Nacen países que se especializan en la producción no industrial, a la vez que ocupan una posición periférica en la división internacional del trabajo. Otro rasgo importante del modelo de acumulación capitalista es la tendencia del capital a su concentración y centralización. Efectivamente, se produce un fenómeno de incremento de la suma de capitales invertidos en bienes de equipo e instalaciones, investigación y desarrollo (concentración de capital). También se generaliza e intensifica el proceso de fusión o absorción de diferentes empresas, multiplicándose la dimensión de las mismas. Este tránsito progresivo del capitalismo de libre concurrencia al capitalismo oligopolista delata ya la innata tendencia «al abuso de poder por parte del capital», como señala Broseta. Para profundizar sobre el tema, véanse Samir AMIN, *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales* (Barcelona: Anagrama, 1974); André G. FRANK, *El desarrollo del subdesarrollo* (Barcelona: Anagrama, 1971); *World Accumulation, 1492-1789* (Nueva York: Monthly Review Press, 1978); *Dependent Accumulation and Underdevelopment* (Nueva York: Monthly Review Press, 1979); C. FURTADO, *Teoría y política del desarrollo económico* (México: Siglo XXI, 1979); A. G. KENWOOD y A. L. LOUGHEED, *Historia del desarrollo económico internacional: desde 1820 hasta nuestros días* (Madrid: Istmo, 1973); Enrique PALAZUELO *et al.*, *Estructura económica capitalista internacional: el modelo de acumulación de posguerra* (Madrid: Akal Universitaria, 1990); Raúl PREBISCH, *Capitalismo periférico: crisis y transformación* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981).

Como resultado de esta preocupación intelectual por los cambios, y por la evolución mundial de los últimos siglos, surgen ideas acerca de la progresiva diferenciación como proceso generador principal de la evolución social. Esas ideas convergen en teorías; teorías que, a su vez, plantean el levantamiento de un aparato científico-ideológico peculiar. Queda de este modo postulada una respuesta intelectual única iniciada en la centuria pasada ante el asombro y el miedo por el desorden.

Llaman la atención la expansión industrial, la concentración de la población en las ciudades, la desindustrialización rural (con la consecuente agravación de las diferencias campo-ciudad), la revolución en los transportes y la mecanización progresiva de los procesos productivos⁴. Son procesos tan amplios y complejos como para que los/as detentadores del poder se den cuenta de que escapan de sus manos. A todo ello hay que sumar el establecimiento de un proletariado (calificado de inmoral) que crece ya desde hace unas décadas alentado por un malestar social en expansión. Lo más peligroso son los efectos de un desorden social potencial, fuente motriz en contra de las bases estructurales del capitalismo. El cambio cuestiona en esos momentos la tradición moral y la política del orden público. Incluso amenaza con romper los dos pilares últimos del modelo de acumulación capitalista: el derecho de propiedad y el Estado⁵. «Se estaba produciendo la desintegración de las formas tradicionales. Al menos eso pensaban ellos» (p. 17). Con el capitalismo y el Estado contemporáneo en rápida transformación, los/as pensadores burgueses se afanan por comprender lo que pasa e intentan proponer teorías explicativas de esa situación.

El aparato burgués ideado para el análisis del cambio social es simplista, y se basa en el sentido común. El cambio social contemporáneo es postulado como resultado de dos fuerzas únicas. Son las fuerzas de diferenciación y de integración, que deciden en lucha continua cuál será el resultado de tal cambio, orden o desorden. El triunfo supuesto de los mecanismos diferenciadores sobre los objetivos de integración lleva al desorden, que es una amenaza para el conjunto de estructuras coherentes y frágiles (y, sobre todo, una amenaza a la seguridad burguesa urbana). Este esquema burgués sobre equilibrio entre fuerzas de diferenciación y de

⁴ En la época existía una gran preocupación por los fenómenos de mecanización de las fábricas. Johan Weinmann en 1849 declara (citado por Charles Tilly en la p. 17 del texto): «Las máquinas están acabando con todas las clases.» Eran muchos los que compartían ideas tales como que la máquina era «la destructora de hogares, la ruina de la juventud, la inductora del lujo, la culpable de la destrucción de los bosques, la pobladora de talleres, y muy pronto la compañera de las sublevaciones generales» (Edward SHORTER, «Middle class anxiety in the German Revolution of 1848», *Journal of Social History*, 2 [1969]: 189-215).

⁵ Este tipo de Estado es cada vez más interventor en las diferentes economías nacionales. Además, con su función de defensor de los intereses de la sociedad —función legitimadora, según O'Connor—, se ocupa del orden público y, en concreto, de suavizar los conflictos de clase. Véase J. O'CONNOR, *La crisis fiscal del Estado* (Barcelona: Península, 1981).

integración es el aplicado al análisis de las organizaciones y del cambio social y sus consecuencias.

Este es el marco teórico que sirve de base para el surgimiento y desarrollo de las disciplinas de las Ciencias Sociales tal y como las conocemos hoy. Así se construye la teoría de los Estados por los/as científicos políticos, la teoría de la estructura capitalista mundial por los/as economistas, y la teoría sobre las sociedades que se integran en Estados nacionales por los sociólogos/as. En mayor o menor grado, cada disciplina se suma a la corriente evolucionista propia del siglo XIX. El problema se presenta cuando los grandes cambios de organización y nuevo ordenamiento (o desordenamiento) de finales del XIX y principios del XX se evidencian incapaces de ser comprendidos por el bagaje metodológico decimonónico. No sólo demuestran su ineficiencia científica a la hora de explicarlos, sino que, además, reinstauran respuestas dogmáticas donde no debería haberlas. La cuestión no es tanto descubrir esa invalidez para entender los cambios que hoy perviven a escala mundial, sino más bien para evitar que esas ideas impregnen (aún inconscientemente) los proyectos intelectuales del siglo XX. Son procesos, concepciones e ideas que hoy en día continúan siendo influyentes. Charles Tilly expone a lo largo del libro los errores ideológicos y conceptuales del análisis decimonónico. Su libro se presenta como juez y verdugo del conjunto de postulados perniciosos que los/as científicos sociales hemos heredado del XIX. Demuestra las ilusiones (e incluso alucinaciones) en que incurrían esos principios⁶.

¿Debe perdurar esta vía de investigación en las Ciencias Sociales? Se presenta como urgente el poner en cuestión tales reglas de oro de la investigación social perniciosa y demostrar su invalidez. Argumentados los motivos de tal invalidez como cuerpo conceptual básico de estudio, la práctica debe llevar a la superación de tales teorías. ¿Pero cuáles son este conjunto de estamentos o postulados perniciosos del pensamiento social del siglo XIX legados al científico/a de nuestro siglo actual? En su globalidad pueden agruparse en ocho ideas. Precisamente la unidad o conexión de esos ocho postulados (y, en general, del pensamiento en el siglo XIX) se basa en la división radical entre *fuerzas del desorden* (decadencia, diferenciación, tensión, violencia, anormalidad, conflicto) y *fuerzas del orden* (sociedad, integración, satisfacción, control legítimo, funcionalidad, normalidad). Aunque desde los años cincuenta las teorías clásicas se desligan del debate académico acerca de los procesos sociales amplios, los ocho postulados erróneos, aún con distinto grado, persisten en los estudios de los/as especialistas sociales. Es el momento de que se erradiquen del horizonte científico de la investigación social de estructuras, procesos y comparaciones.

⁶ Sigmund FREUD, *El malestar en la cultura* (Madrid: Alianza, 1979); José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas* (Madrid: Alianza, 1979). Las ediciones originales de ambos libros son de 1930.

OCHO POSTULADOS ERRONEOS

La primera idea errónea concebida en el siglo XIX es la que considera a la *sociedad como una cosa aparte*. El pensamiento decimonónico contribuye a dividir el universo social en diferentes sociedades particulares, cada una de las cuales posee un gobierno determinado, de cultura y tradición propias, con una estructura económica y política, una moral y una ética intrínseca, y una solidaridad más o menos arraigada.

Debe acentuarse la necesidad de descartar a las sociedades como entidades/artificiales coherentes y autónomas (y, en consecuencia, poco reales). «La mayor victoria de la Sociología como disciplina académica trajo consigo su mayor derrota como empresa intelectual» (p. 37). El definir la «sociedad» como entidades separables denominadas sociedades permitió que la sociología justificara sus estudios. Ahora bien, los procedimientos para delimitar estas sociedades diferentes topan con dificultades enormes cuando se trata de demostrar la existencia de tales límites sociales establecidos por los diferentes métodos. Tres de los procedimientos usuales empleados para identificar a las sociedades en Sociología y Antropología —mediante la distinción de los límites de los estados nacionales, las declaraciones y/o voluntades tácitas de las comunidades locales, o las líneas occidentales fruto de las conquistas— parecen ir en contra de los propios elementos componentes de una «sociedad» (es decir, las creencias comunes, deberes y obligaciones mutuas, sistemas de producción).

Cualquier criterio a la hora de definir una sociedad, como el criterio espacial o cultural, son insuficientes para explicar este concepto de sociedad como sistema autónomo, organizado e intradependiente. «Hacemos bien entonces en abandonar la noción de sociedad como sistema autónomo» (p. 42). Mejor es adoptar el concepto alternativo de *relaciones sociales múltiples* (algunas muy localizadas y otras a escala mundial). Es inconsistente tomar a la totalidad del mundo como unidad de análisis, pero no lo es tanto, sin embargo, el considerar el mundo como un todo interrelacionado. Por lo tanto, identificar estas conexiones existentes y analizarlas científicamente debe ser el afán del estudioso/a social actual.

En segundo lugar, los/as investigadores sociales construyen gran parte de las técnicas del siglo XIX sobre el supuesto de que los *sucesos mentales individuales* (condicionados por la vida en sociedad) *constituyen las unidades sociales básicas*, puesto que originan el comportamiento social. La encuesta, instrumento empírico acerca de la vida social por excelencia, es un intento de recoger y agrupar todos y cada uno de estos sucesos individuales dentro de una estructura social. Casos y cuestionarios son la fuente de análisis para los/as científicos sociales.

Sin embargo, esa concepción está relativamente equivocada. Del mismo modo que los mercados reales están compuestos de relaciones sociales

esporádicas o continuas entre diferentes personas, cualquier otra estructura social también se compone de interacciones entre personas. No tiene sentido hablar de orientaciones individuales. Hay que tratar más bien de lazos, de *relaciones sociales* (que, tal y como define White, son las unidades elementales tanto de las *categorías* sociales como de las *redes*)⁷. El comportamiento social no es producto del impacto de la sociedad sobre las mentes individuales (condicionadas por la vida en sociedad), sino de las relaciones sociales (relaciones entre los seres humanos y los grupos).

Se plantea un problema importante. Si el reconocimiento de las relaciones sociales (y no las personas) como unidad social básica parece lo más acertado y correcto, ¿qué se hace con todos los modelos de acción racional de los seres humanos a la hora de explicar el comportamiento social? ¿Deben ser descartados como ineficaces? Quizá no haya que ir tan lejos. Se tiene que reconocer que el supuesto de elección racional de cada uno de los actores sociales ha permitido conceptualizar el comportamiento social con sencillez y con resultados satisfactorios (como ejemplo está la teoría del consumidor en microeconomía —dado el supuesto del *homo economicus*—), sin que ello suponga una ficción excesivamente errónea. No obstante, se observa cómo estos modelos y teorías existentes no aportan explicaciones acerca de esa interacción social. La teoría de juegos proporciona una salida posible, siempre y cuando la simplificación haga factible el tratamiento tanto de dos o más partes como de su interacción mutua e ineludible.

La teoría de juegos posibilita el generalizar a la hora de tratar estructuras grandes y procesos amplios. Asumida la existencia de las interacciones estratégicas en los procesos sociales, la teoría de juegos permite pasar de los sucesos mentales individuales a las relaciones sociales sin que por ello se diluya el supuesto de acción racional.

El tercer postulado decimonónico es el que concibe el *cambio social como un fenómeno coherente y general*. El cambio social es un concepto que reúne procesos diversos entre sí y entre los cuales se manifiestan unas conexiones diferentes y poco especiales. Por esto se deben descartar preceptos que definan el cambio como fenómeno único y coherente.

Los/as científicos sociales carecen de uniformidades significativas y conceptualizadas que permiten aplicar la generalidad empírica de Newton en el estudio de los procesos sociales. Es inaceptable elaborar, pues, modelos generales sobre el cambio social, y, sin embargo, se siguen elaborando. Una de las versiones más extendida a través de la cual se manifiesta esta creencia decimonónica es la de los análisis y estudios que realizan estima-

⁷ Harrison White distingue dos elementos del análisis social: categorías y redes. Una población puede ser calificada como *categoría* cuando sus miembros comparten unas mismas características. Mientras que una población forma una *red* cuando sus miembros están interrelacionados como consecuencia única y exclusiva de la existencia de un vínculo social. A su vez, una población también puede constituir una *catnet* (categoría y red, en inglés), y que en castellano bautizaríamos como «*catred*».

ciones sobre las relaciones entre variables agrupadas a nivel regional, nacional (como es el caso del PNB, edad media, población activa dedicada a cada uno de los sectores económicos e índice de alfabetización). El mero hecho de confiar en tales estimaciones muestra ya el abuso en la idea de generalidad y coherencia del progreso social.

Otro de los paradigmas legados —el cuarto— es la *teoría de los estadios del cambio social*. En síntesis, esta teoría afirma cómo los principales procesos del cambio social a gran escala mueven las sociedades hacia una sucesión de estadios clásicos (en esta ordenación de estadios cada uno es más avanzado que el anterior). La coherencia interna y la normalización de las experiencias latentes en dicha teoría se desvanecen nada más observar la vida social real.

Los modelos convencionales de desarrollo económico y político especifican los estadios que tiene que atravesar toda sociedad en crecimiento, caracterizan cada uno de estos estadios y catalogan los diferentes estadios de la vida real en los previamente postulados. El abandono general de las teorías del desarrollo, la refutación empírica y la elaboración de contrateorías que introducen las dependencias entre las distintas formaciones sociales, los procesos económicos mundiales y, recientemente, la protección del medio ambiente (modelo de desarrollo volcado en el principio de desarrollo sostenible respetuoso con la naturaleza) aceleran el rechazo sistemático de las teorías de los estadios.

Un ejemplo de teoría de los estadios resulta del mismo Comité de Desarrollo Político. Dicho Comité intentó construir, comprender y aplicar un esquema de cinco estadios. Este esquema introduce las fases por las que pasa todo Estado en vías de desarrollo. Cada estadio se alcanzaba mediante la superación de cinco crisis particulares: crisis de identidad, de legitimidad, de participación, de penetración y de distribución.

Una corriente importante acerca de la naturaleza del desarrollo político y económico es la presentada por Walt W. Rostow —en sus obras fundamentales como son *El proceso del crecimiento económico* (1952) y *Las etapas del crecimiento económico* (1960)—. Según este autor, el subdesarrollo es el resultado de un atraso temporal respecto a los países industrializados avanzados. Esta concepción del desarrollo parte de la teorización de un modelo definido en varias etapas (dentro del proceso de crecimiento), que son válidas universalmente. Estos estadios definidos por Rostow son: *a*) sociedad tradicional; *b*) etapa preparatoria del despegue (es el momento de realizar esfuerzos de inversión previos a la industrialización económica del país y la construcción de un Estado moderno en el plano político); *c*) etapa de despegue (en la que se produce definitivamente la transición industrial —en muy pocos casos se trata de una verdadera revolución industrial— a la vez que se producen avances significativos en el sector de producción primaria); *d*) etapa de madurez (en esta fase la inversión supera

ya el 10 por 100 de la renta nacional y se dedican recursos consistentes a la investigación y desarrollo tecnológico), y e) etapa de consumo de masas (el elevado nivel de la renta *per capita* potencia el surgimiento y afianzamiento de una industria importante de bienes duraderos tales como automóviles y electrodomésticos). Esta es una concepción simplista del subdesarrollo. El problema del subdesarrollo se soluciona, según el esquema de Rostow, mediante una inversión inicial suficiente —que promueva el salto del Estado a la etapa de despegue, a partir de la cual se consigue entrar en la esfera del desarrollo autosostenido.

¿Existen ciertamente unas vías de desarrollo y evolución generales preestablecidas para todos los países del mundo? ¿No se trata más bien de una nueva falacia decimonónica que es necesario erradicar? La propia realidad social muestra cómo es un gran «atropello» el intentar reducir a un molde ordenado las distintas experiencias históricas, culturales y sociales de países que evolucionan al mismo tiempo en un escenario mundial especialmente desigual y polarizado. Las causas primeras del fenómeno del subdesarrollo se encuentran analizando y comprendiendo las bases estructurales fundamentales de la economía internacional. En este sentido, las teorías de los estadios son ilusorias y simplistas. Por todo ello deberían ser científicamente insostenibles en las investigaciones sociales actuales⁸.

Como quinto postulado hay que tener en cuenta que, en el marco disciplinario de las Ciencias Sociales, dos hipótesis decimonónicas pasaron a ser normas dogmáticas aplicables durante el siglo xx. Por un lado, la *diferenciación progresiva* se presenta como la causa última del cambio social a gran escala y, además, se configura como mecanismo rector del progreso social.

Los/as científicos sociales del siglo xix idearon un aparato ideológico en el cual las sociedades formaban un *continuum* que iba de lo simple a lo complejo, siendo la diferenciación el principio generador de este evolucionismo social hacia una complejidad mayor (complejidad que se consideraba creadora de fuerza y riqueza). Las sociedades más fuertes (éste es el principio del darwinismo aplicado en las Ciencias Sociales), es decir, las más diferenciadas, son las que sobreviven. De esta forma, cada uno de los/as teóricos buscó la definición de una variable que midiese esa diferenciación relativa de unas sociedades a otras para así catalogarlas en grupos o tipos. «Los economistas lo tuvieron de lo más fácil. Para muchos de ellos, el término desarrollo significaba una renta nacional en aumento, o la renta

⁸ Está la corriente que concibe el desarrollo y subdesarrollo como partes interconectadas de un único sistema económico mundial. Dentro de los defensores de esta postura (en contra, pues, de las denominadas teorías del desarrollo) destacan Samir Amin, Arghiri Emmanuel y André G. Frank. Véanse Samir AMIN, *La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del desarrollo* (Madrid: Siglo XXI, 1974); Arghiri EMMANUEL, *El intercambio desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales* (Madrid: Siglo XXI, 1973).

per capita» (pp. 63-64). Esta renta nacional es la variable de estudio primordial de los modelos convencionales del siglo XIX. Por una parte, proporciona un ordenamiento, una jerarquía de todas y cada una de las regiones del mundo, y, por otra, la posición especial ocupada en la escala define un *status* particular dentro de la riqueza y el bienestar económico internacional⁹. Los/as científicos políticos, sociólogos, antropólogos, historiadores buscaron su índice alternativo y exclusivo (pero subsidiario a la vez que complementario al de la renta nacional) para concretar este grado de diferenciación intersocial. Así nace el desarrollo político, educativo, de las comunicaciones, y escalas tales como la esperanza de vida, proporción de la población total en ciudades, tamaño de las familias¹⁰. Con ellos aparece también toda una terminología decimonónica: países desarrollados, subdesarrollados, países en vías de desarrollo o países de desarrollo tardío. Son conceptos que hoy en día devienen obsoletos dada la complejidad internacional, aún más cuando se evidencia ya un nuevo orden mundial económico, político y social hasta ahora nunca predecible por los/as teóricos¹¹.

La *diferenciación no es un proceso de cambio fundamental*, aspecto clave para entender la esencia del avance social. Sin descartar nunca la diferenciación como proceso de cambio importante en algunos casos, hay que resaltar que muchos de los cambios del siglo XX son el resultado de una singular *desdiferenciación* —incluso siendo el aspecto de la diferenciación irrelevante para algunos de ellos—. Tampoco debe deducirse de tal oposición que el proceso fundamental sea la concentración, ya que asimismo es equivocado. Es necesario, pues, optar por unos postulados más flexibles, menos rígidos y categóricos. Se confía en que el aparato instrumental sirva como un sistema de cláusulas generales, aplicables según cada circunstancia histórica y cada hecho real localizado en concreto.

⁹ Los diferentes argumentos del siglo XIX están interrelacionados, de forma que uno afirma y completa al otro en armonía. Así resulta el diseño de toda una metodología propia y autosuficiente con sus propios esquemas convencionales sobre las organizaciones y el cambio social.

¹⁰ Se persigue una ordenación estadística a partir de los indicadores (diferencias cuantitativas). Se eluden las diferencias cualitativas y, en muchas ocasiones, explicativas de los fenómenos sociales. En la actualidad se tiende a incorporar ciertos requisitos cualitativos como el estudio de la igualdad en la distribución de la renta, mejora de la calidad de vida. Así surgen nuevos indicadores sociales como el Índice del Desarrollo Humano (ideado por Naciones Unidas), el Índice del Bienestar Económico Duradero (creado por Daly y Cobb) y, recientemente, el Índice Internacional del Sufrimiento Humano (fijado quinquenalmente por el Comité de Crisis de Población a partir de diez variables diferentes). Todo ello es una muestra de que, a pesar de todo, aún se busca la variable o indicador único que mida esa diferenciación progresiva de unas sociedades a otras.

¹¹ Lester R. BROWN, «Un nuevo orden mundial», en L. R. BROWN, *La situación en el mundo. Un informe del Worldwatch Institute sobre el desarrollo y medio ambiente* (Madrid: Apóstrofe, 1991), pp. 17-43; Alexander KING y Bertrand SCHNEIDER, *La primera revolución mundial. Informe del Club de Roma* (Barcelona: Plaza y Janés, 1991), pp. 27-174; Ramón TAMAMES, *El nuevo orden mundial* (Madrid: Espasa-Calpe, 1991), 316 pp.

En sexto lugar, la unidad del pensamiento en el siglo XIX se basa en la división radical entre fuerzas del orden y fuerzas del desorden. Es más, el estado del orden social depende de cuál sea el *equilibrio entre los procesos de diferenciación y los procesos de integración o control*. Así, cuando la diferenciación (con todas las formas que puede adoptar, aumentando la diversidad y pluralidad de formas sociales) supera a la integración (que puede ser el resultado del control social, la solidaridad, la obligación mutua), aparece el desorden.

Simplemente es insostenible en la actualidad un planteamiento de estudio social para el cual los fenómenos de la sociedad sean reducibles a fuerzas de integración y fuerzas de desintegración. Ese sistema de tipificación bipolar, tan difundido como estricto, lleva sólo a la emisión de postulados dogmáticos, malentendiendo y simplificando de manera exagerada los conceptos de «cambio social», de «estructuras sociales» y de los «procesos amplios». La clasificación responde a unos deseos de unidad y de síntesis vastos e incorrectos para el interés que ocupan hoy en día dentro de las disciplinas sociales.

Especialistas en diferentes campos han aportado alternativas al esquema de la diferenciación-integración-desorden-orden (los cuales en numerosas ocasiones no consiguen evitar el caer en formulaciones tautológicas). Dentro de los niveles del argumento clásico hay que destacar las teorías de la solidaridad-movilización dentro del estudio del conflicto y la acción colectiva. Estas reformulaciones muestran cómo la solidaridad mueve a la acción colectiva. También están las teorías de la crisis-privación (Anthony Oberschall)¹². No obstante, aún sabiendo que el cambio social rápido no provoca una tensión generalizada —ni que ésta crea formas alternativas de desorden (como función propia de las vías de escape disponibles)—, se debe reconocer que «el debate continúa abierto» (p. 73).

El séptimo postulado falso comporta la idea de que el *cambio estructural excesivamente rápido genera una serie de tensiones generalizadas*, las cuales se manifiestan a través de *diversos tipos de desorden* (todos ellos *equivalentes*). Según Tilly, es falso pensar en una equivalencia de las diferentes formas que adopta el desorden. Simplemente, no es cierta tampoco la idea según la cual el cambio ilimitado produce tensión, violencia, y que, en consecuencia, el cambio dirigido (y restringido) conduce a la integración, progreso, satisfacción y autocomplacencia social. Son muchos los/as científicos que, por medio de una «ecuación» de crimen, violencia, suicidio, alcoholismo, drogadicción, inestabilidad familiar, rebelión popular, movimientos migratorios (o, tal y como se definen, «comportamientos censurados o reprochables»), clasifican incondicionalmente al desorden, la desorganiza-

¹² Harry ECKSTEIN, «Theoretical approaches to explaining collective political violence», en el *Handbook of Political Conflict* (editado por Ted R. Gurr, 1980); Anthony OBERSCHALL, «Theories of Social Conflict», *Annual Review of Sociology*, 4 (1978): 291-315.

ción, la inadaptación o la dislocación social. Todas estas conductas se consideraban consecuencia inmediata del mal funcionamiento de los individuos y/o la sociedad, del cambio social acelerado y no asumido plenamente o también del resultado inevitable de las tensiones existentes en el núcleo social. A la vez que se planteaban como «problemas sociales» a resolver planteamientos pendientes de solución teórica (gracias a la colaboración de los/as pensadores sociales) y práctica por parte de los/as que ocupan el poder¹³.

Las investigaciones empíricas llevadas a cabo por numerosos estudiosos/as sociales empiezan a dar evidencia del fallo de tal argumento típico. Todos esos estudios y análisis sobre parcelas consideradas supuestamente «desorganizadas» o «desordenadas» detectan diferentes formas de orden existente en el seno de todo lo que se suponía en principio como desorden¹⁴. Así, por ejemplo, muchas de las teorías del desarrollo y de la crisis manifiestan el grado de desorganización y atomización de los movimientos migratorios, además del *shock* cultural o las dificultades de integración y adaptación social de los mismos, provocada principalmente por las diferencias entre etnias, culturas y formación profesional (complicado aún más por los brotes de xenofobia y racismo cultural, histórico y racial de los últimos tiempos). Recientemente, los estudios sobre inmigrantes africanos y latinoamericanos demuestran cómo en numerosas ocasiones se asientan en las ciudades desarrolladas grupos de emigrantes rurales creados mediante la denominada «migración en cadena». De esta forma se observan ciertas pautas de coherencia y orden en las conductas migratorias hasta ahora presentadas como desorganizadas. Agrupar la destrucción de familias con la violencia juvenil o la drogadicción en un mismo patrón generador de resultados idénticos es una cuestión de equivalencia de la que aún no tenemos evidencia definitiva. Por tanto, es incomprensible postular por una equivalencia inexistente de varios tipos de desorden.

El octavo, y último, postulado erróneo se origina siguiendo con la presumida y marcada separación entre los mundos del desorden y del orden; surge la argumentación acerca de las fuerzas legítimas *versus* fuerzas ilegítimas. No se puede defender la separación absoluta entre formas de coerción, conflicto y expropiación «legítimas» e «ilegítimas». «La *distin-*

¹³ Para otros autores, estos problemas sociales son incluso los costes necesarios e inevitables del desarrollo y del progreso social, político y económico de la comunidad. Tal y como expresa Eisenstadt (en una cita recogida por Tilly en la p. 74 de su libro): «El hecho mismo de que la modernización conlleve continuos cambios en todas las esferas de una sociedad significa forzosamente que ello implica procesos de desorganización y dislocación, con el surgimiento constante de problemas sociales, escisiones y conflictos entre grupos diversos, así como movimientos de protesta, de resistencia frente al cambio. La desorganización y la dislocación constituyen así un componente básico de la modernización, y toda sociedad moderna y modernizadora tiene que enfrentarse a ellas.»

¹⁴ Véase el libro de Jesús M. DE MIGUEL, *El mito de la sociedad organizada* (Barcelona: Península, 1990), 171 pp.

ción es impracticable porque acciones prácticamente idénticas caen a ambos lados de la línea de separación» (p. 77). «Los mismos actos pasan de ser ilegítimos a ser legítimos cuando los realiza una autoridad constituida [...] Matar aparece [...] con valores muy diferentes. Los valores dependen de si el verdugo es un soldado, un policía, un mero ejecutor o una persona privada» (p. 76). Incluso es una *distinción engañosa* porque en sí misma incorpora las ideas decimonónicas acerca de la lucha continua entre diferenciación e integración y también de la supuesta equivalencia de las distintas formas de desorden.

Dentro de las fuerzas legítimas se describen la guerra, el control de las masas, la pena capital, la prisión, los impuestos y el embargo estatal. Se conciben como efectos de los procesos de integración y control. El conflicto ilegítimo, la coerción y la expropiación (fuerzas ilegítimas) están constituidos por los disturbios, la rebelión, el asalto, los tumultos defensivos, el robo y el fraude. Son comportamientos que resultan según la concepción decimonónica de los propios procesos de desorden (y, previamente, de una diferenciación elevada).

Sin cuestionar la necesidad tanto política como social de respetar esta barrera divisoria entre lo lícito y lo ilícito, se debe criticar esta radical distinción sistemática y analítica con cargas ideológicas. Ambas categorías estrictas, diferentes analíticamente hablando, obstaculizan la comprensión de los fenómenos, así como la realización de un programa correcto de análisis de la realidad social. Tilly insiste en: «Que esto sea un epitafio para los ocho postulados perniciosos que los científicos sociales heredaron del siglo XIX. Sin excepción alguna, esos ocho postulados llaman la atención sobre importantes procesos; procesos que atemorizaron a nuestros antecesores del siglo pasado, procesos que hoy en día continúan siendo influyentes. Sin excepción alguna, los ocho postulados construyen esos procesos de forma tal que dificultan su análisis sistemático» (p. 80). Si la división estricta entre formas de orden y desorden a la hora de explicar el cambio social no parece ser satisfactoria, si es equívoco el hecho de que la diferenciación sea concebida como el factor inevitable del cambio social, si se piensa que es posible el cambio social sin tensión generalizada, se deduce entonces de todo ello que el bagaje intelectual legado por el siglo XIX es ya inservible y ha llegado su fin académico.

HACIA UNA NUEVA METODOLOGIA

Los ocho postulados erróneos del siglo XIX están vivos aún en la actualidad científica social. Por eso mismo pueden convertirse en un freno peligroso para la continuidad científica de la ciencia. Una vez revisados

tales planteamientos y, además, como alternativa al propio aparato ochocentista (teorías de dominación social y desarrollo político-económico, entre otras), se evidencia necesaria y, además, se busca una nueva metodología, un programa de estudio con unas características peculiares. Los programas de examen social deben analizar los procesos sociales a partir de unas bases históricas concretas. Es decir, que en los estudios se debe hacer referencia a un espacio, a una población y un tiempo sin intentar incurrir en generalizaciones, siempre imprecisas y erróneas —es imprescindible determinar el cuándo tienen lugar ciertos procesos claramente definidos, dónde y a quiénes afectan. La propuesta es un esquema de investigación que permita «analizar [los cambios] comparativamente a partir de bloques sustanciales de espacio y tiempo para así poder apreciar hasta dónde hemos llegado, a dónde nos dirigimos y cuáles son las alternativas reales que existen a nuestra condición actual» (p. 26). Además, el trabajo de investigación concreto e histórico debería tener lugar a la menor escala posible, a la vez de que no tiene por qué hacer referencia al pasado lejano.

Como estrategia para el estudio de estructuras y procesos amplios, el programa de análisis social debe, además, promover la comparación como forma científica ideal de estudio social. El motivo intelectual principal consiste en dedicarse al fomento del buen análisis, al análisis explicativo y correcto. Para ello hay que analizar comparativamente. «La comparación sistemática de estructuras y procesos [...] nos permitirá contemplar nuestra situación con perspectiva [...] y además nos ayudará a identificar las causas y los efectos» (p. 26). La metodología comparativa se convierte en algo quizá complejo, pero satisfactorio por ser completa e instrumentalmente eficaz a la hora de analizar las grandes estructuras sociales de nuestro tiempo. El estudio comparativo es propiamente una investigación reflexiva y sistemática, donde el científico/a social descarta las generalizaciones como vía y objetivo único de la investigación, a la vez que opta por la utilización de recursos históricos.

El objetivo de esa metodología es entender los procesos de modernización política y económica durante los últimos trescientos años. Debe ser capaz de exponer una serie de enfoques sobre el surgimiento del Estado moderno, fenómenos revolucionarios, procesos de democratización y otros en lo referente a la industrialización, comercio internacional, relaciones de producción, proceso de urbanización y organización capitalista.

Con una intención desmitificadora se trata de aliviar la carga ideológica del siglo XIX sin despreciar nunca las aportaciones de las diferentes Ciencias Sociales hasta el presente. Las mismas razones que forzaron a los/as burócratas a preocuparse por el mantenimiento de un orden estable, impulsaron a los/as primeros pensadores sociales a desarrollar investigaciones acerca de las condiciones de vida, a realizar censos por ciudades y pueblos, a recoger datos y aplicar conocimientos estadísticos, obteniendo

documentos verdaderos de la vida real. Todo ello significó un importante avance para las Ciencias Sociales. Es imprescindible, sin embargo, una alternativa innovadora con la cual resolver con éxito el reto que supone el investigar y saber explicar la realidad social actual. En este sentido se presenta un nuevo paradigma de análisis que utiliza su instrumental propio sujeto a las necesidades sociales y al carácter científico al que deben adscribirse las doctrinas sociales (si es que todavía desean revisar sus planteamientos de estudio frente al dinamismo social de los últimos siglos).

Los intentos de restaurar el rigor científico en la metodología de estudio social, por desgracia, tienden a perderse en «abstrusas disquisiciones metodológicas entre las diversas estrategias comparativas»¹⁵. No queda demasiado claro si estos enfoques convencionales de los cambios sociales, si los postulados perniciosos del siglo XIX tienen, aparentemente, alguna alternativa. La opción propuesta consiste en facilitar a los/as científicos sociales la utilización de un instrumental metodológico difícil de manipular, y mucho más complicado de saber aplicar correctamente según cuál sea el objeto concreto del estudio social.

Frente a este paradigma decimonónico de las Ciencias Sociales, no puede insinuarse que el campo de la metodología comparativa y crítica sea ciertamente brillante. Da la sensación de que la voluntad de romper con ciertos esquemas y visiones dogmáticas, la propia complejidad con que se presenta la realidad social, la influencia inconmensurablemente fuerte del contexto sociopolítico y la posición en el seno de las estructuras académicas vigentes heredadas del siglo XIX sean razones importantes que ayuden a comprender la limitación del programa de análisis concreto con base histórica y comparación sistemática. Tales elementos explican también por qué se consigue poco con la elaboración de análisis interpretativos de la realidad social.

La única esperanza consiste en que los/as investigadores sociales «tendan cada vez más hacia la comparación con una base histórica de un número limitado de experiencias, y que en el camino se deshagan de cualquier residuo de los postulados perniciosos del siglo XIX referentes a las grandes estructuras y los procesos amplios» (p. 177). Al margen de esas esperanzas, lo cierto es que *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* presenta la concepción y descripción de una alternativa de investigación de nuestro siglo. Existe voluntad para resolver con éxito el eterno objetivo de la Sociología de investigar y explicar la realidad social de nuestros días a partir de un mejor conocimiento de la realidad social histórica, así como de las pautas de evolución social. Este planteamiento metodológico nuevo ocupa un lugar determinado en cuanto al sujeto y al

¹⁵ Debo tal cita a Enrique Gil Calvo, en su recensión del libro de Charles Tilly: Enrique Gil CALVO, «Límites de la sociología histórica: Charles Tilly y la renovación de las ciencias sociales», *El País*, 26 octubre, «Suplemento Babelia» (1991): 20.

objeto de análisis. Revitaliza la función del científico/a social promoviendo que éstos/as se instalen en la realidad social, se planteen problemas de esa realidad y cuestionen cualquier esquema prefijado de análisis. Lo que se pretende es un nuevo sistema de investigación de la realidad social. Todo un reto.

16. Tendencias particulares y comunes en las sociedades industrializadas avanzadas. Cartografía comparada del cambio social*

Simon Langlois
Wolfgang Glatzer

Introducción

La industrialización se ha convertido en un fenómeno de envergadura mundial. La modernización es responsable de que las sociedades sigan procesos de evolución similares, lo que plantea la problemática de la relación entre particularización y globalización.

La opinión generalizada considera el proceso de globalización como una nueva tendencia de intensidad abrumadora (Held *et al.*, 1999). La mundialización fue considerada en un principio como un proceso que reforzaba la homogeneidad y las tendencias comunes de las sociedades modernas. Sin embargo, el concepto de globalización ha ido depurándose y abarca, hoy en día, consideraciones de mayor amplitud: existe una mayor concienciación de la diversidad, la heterogeneidad y la particularidad. Esos elementos están presentes en diferente grado en los principales ámbitos de estudio de la globalización, ya sea en lo referente a la globalización económica y cultural, a la desnacionalización, a las ciudades globales o a la aldea global (Becker *et al.*, 2000). Existen varios estudios sobre este tema, por lo que centraremos nuestra intervención en cuestiones particulares (Waters, 1995; Clank, 1997; Held *et al.*, 1999; Tomlinson, 1999; Bartelson, 2000; Hay y Marsh, 2000).

Nuestro texto trata las cuestiones del desarrollo y mantenimiento de tendencias particulares, únicas o específicas, en las sociedades modernas. Existe un acuerdo general sobre la idea de que el futuro de las sociedades modernas depende, en gran medida, de las tendencias significativas del pasado. Gran parte de las tendencias actuales continúa siendo vigente desde hace decenios, e incluso siglos, sin apenas sufrir variaciones, si bien el ritmo del proceso evolutivo es cambiante: en algunas ocasiones es rápido, mientras en otras es lento. ¿Están desapareciendo las particularidades con el proceso de globalización? ¿Están perdiendo terreno los regionalismos y las identidades culturales? ¿Están siendo reemplazados por un destino común? Discutiremos estos problemas con la ayuda del material recogido por el grupo de investigación internacional para

* Versión revisada de la ponencia presentada en la Conferencia ISA sobre Transformaciones sociales en los albores del nuevo milenio: teoría sociológica e investigación empírica actual, Montreal, julio de 2000.

la Cartografía Comparada del Cambio Social (CCCS). El material en que basamos nuestra argumentación procede de sociedades industrializadas avanzadas, si bien nuestro enfoque puede aplicarse a todo tipo de sociedad.

Cabe señalar que la particularización se desarrolla no solamente de forma paralela, sino también como reacción a la globalización, ya que, a pesar de que encontramos cada vez más rasgos y tendencias comunes en las sociedades industrializadas, nuestros estudios demuestran también que las particularidades no están desapareciendo. Las razones pueden ser las siguientes:

- Las tendencias particulares y comunes se desarrollan en un mismo marco sociotemporal;
- Algunas tendencias tradicionales particulares resisten a las tendencias globales;
- Nuevas tendencias particulares surgen en respuesta a ciertas tendencias globales.

Nuestro texto examina el problema de la particularización y la mundialización en dos etapas. En primer lugar, describiremos el programa de investigación para la CCCS, centrándonos en algunos de sus resultados y problemas metodológicos. A continuación, presentaremos nuestra postura con respecto a la relación compleja existente entre las tendencias particulares y comunes. Finalmente, enumeraremos algunas de las conclusiones derivadas de este estudio.

1. Cartografía Comparada del Cambio Social

Éste es el nombre oficial de un programa de investigación que tiene por objetivo la comparación a nivel internacional de los cambios sociales observados en las sociedades industrializadas avanzadas. Dicho programa tiene su origen en el principio de que toda investigación progresiva, especialmente, al comparar diferentes sociedades, un enfoque clásico en sociología como queda reflejado en los trabajos de Durkheim. La originalidad del programa de la CCCS reside en que, en éste, las comparaciones entre sociedades son consideradas como conjuntos observables.

El grupo para la CCCS se creó en 1987 y desde sus orígenes ha tenido un carácter internacional y multidimensional. Los primeros investigadores eran procedentes de cuatro países y de varias disciplinas: sociología, historia, ciencias políticas, economía y demografía. Todos habían llevado a cabo estudios sobre el cambio social en sus países de origen y deseaban desarrollar un método común de comparación para poder analizar las transformaciones de sus diferentes sociedades. Por este motivo el programa de investigación se orientó a la realización de estudios longitudinales (análisis de tendencias), trabajos comparativos internacionales (estudios sincrónicos transversales) y perspectivas interdisciplinarias.

1.1. El programa de investigación

El grupo de investigación para la CCCS tiene como función documentar las tendencias sociales y estudiar las sociedades de manera global con el fin de poder destacar los procesos actuales más relevantes, dejando al margen los menos significativos. Las tendencias sociales constituyen una serie de puentes establecidos entre el pasado y el futuro como lo recoge el concepto de *path dependency*.

Análisis de tendencias. La palabra "tendencia" puede definirse de diferentes maneras. Desde un punto de vista estadístico tiene un significado muy concreto: corresponde a la dirección tomada por una serie de datos de los que se han extraído todas las variaciones posibles en etapas anteriores. También es una palabra de uso cotidiano, empleada, sobre todo, en el ámbito periodístico para describir algo que parece ganar intensidad en un intervalo determinado. En nuestro programa damos a la palabra "tendencia" un significado no tan específico como el estadístico, ni tan amplio como el que le dan los periodistas. Para nuestros fines, una tendencia designa un aspecto evolutivo de la sociedad que tiene una dirección reconocible y que reviste cierto significado para el conjunto social. Para nosotros, una tendencia es similar a un río que conserva su cauce principal a pesar de sus numerosos meandros. Una tendencia se puede definir tanto de manera empírica como de manera teórica; una definición de carácter empírico podría estar constituida, por ejemplo, por un índice de natalidad decreciente, o un aumento en la calidad de vida. Una definición más teórica sería, a su vez, un decremento de la autoridad o un aumento de la individualidad.

La identificación de tendencias es una manera operacional de analizar el cambio social, ya que sirve para establecer unidades precisas de observación: el incremento en el consumo de bienes duraderos; la reducción en el número de integrantes de la familia; la disminución en el tiempo disfrutado en el hogar; el recorte de la jornada laboral del hombre en el mercado de trabajo frente al incremento de la presencia de la mujer en el mismo. Se puede describir una tendencia utilizando un solo indicador o varios indicadores dentro de series temporales, sugiriendo así un desarrollo más complejo. Una tendencia es un diagnóstico basado en evidencias empíricas y apoyado por un razonamiento teórico que recurre, a veces, a teorías de alcance medio (*middle-range theories*). Cuando se observa una interrelación entre varias tendencias, hablamos de una tendencia societal (Dirn, 1985; Forsé, 1991).

¿Cómo hemos seleccionado nuestras tendencias? Cada país contaba con una serie de trabajos —tanto teóricos como prácticos— acerca de las tendencias sociales. Dichos estudios fueron el punto de partida para una lista común de tendencias. Ted Caplow (1988) comprobó que la mayoría de las características utilizadas para describir un cambio social reflejaba un período en que la subsistencia constituía un problema diario, por lo que no sorprende que los indicadores más corrientes hayan sido la renta, el trabajo, la vivienda y la estructura ocupacional. No cabe duda de que estos aspectos siguen siendo importantes, por lo que les hemos agregado aspectos socioeconómicos, socioculturales

y sociotecnológicos para lograr una visión global de los cambios experimentados por nuestras sociedades modernas. También hemos estudiado las tendencias macroeconómicas, aunque éstas son consideradas exógenas, es decir, un trasfondo sobre el que destacan las tendencias sociales y culturales. Hemos seleccionado un total de 78 tendencias que caracterizan el proceso actual de desarrollo societal. Este listado corresponde, básicamente, a las tendencias identificadas en los años ochenta por el sociólogo francés Louis Dim y sus colaboradores (Dim, 1985); asimismo, abarca la lista de tendencias del *Almanaque Sociológico Alemán* (Ballerstredt y Glatzer, 1975).

Las sociedades analizadas. Nuestro programa de investigación tiene por objetivo describir los cambios sociales que se producen en un cierto número de sociedades industrializadas avanzadas. De momento se han concluido nueve informes nacionales, algunos de los cuales ya han sido publicados, mientras otros están en proceso de publicación. Las primeras publicaciones se centran en las cuatro naciones participantes: Francia (Forsé et al., 1993), Estados Unidos (Caplow et al., 1991), Alemania (la publicación trata únicamente de Alemania Occidental, ya que la investigación comenzó mucho antes de la reunificación, Glatzer et al., 1992), y Quebec, considerado como una sociedad específica dentro de un Canadá binacional (Langlois et al., 1992; también estamos preparando un libro sobre todo Canadá, Roberts, Ferguson, Clifton y Langlois, en vías de publicación). Se añadieron después algunos países de la Europa Meridional: España (Del Campo, 1993), Italia (Martinelli, Chiesi y Stefanizzi, 1999), y Grecia (Charalambis, Alipranti y Hadjiannisi, en vías de publicación). Al finalizar la Guerra Fría, dos países de Europa del Este ingresaron en el grupo para la CCCS: Rusia (Boutenko y Razlogov, 1997) y Bulgaria (Genov y Krasteva, 2000). Estos dos últimos países, recién llegados al proceso de industrialización junto con otros países industrializados más evolucionados situados en América del Norte y Europa (Europa del Este y del Oeste), dan origen a interesantes estudios comparativos. Pueden existir razones teóricas que invaliden el estudio comparativo de muchos países, en favor de estudios comparativos de subgrupos de dos o más países, pero nuestra colección de datos y tendencias es lo suficientemente amplia como para permitir un trabajo comparativo en términos internacionales, es decir usando de manera sistemática datos comparables procedentes de dos o más naciones (Kohn, 1987).

Diferentes perspectivas. El uso del concepto "tendencia" permite realizar análisis comparativos longitudinales, mientras que la perspectiva transversal compara el estado actual de desarrollo de diferentes sociedades. Con este enfoque, las tendencias pueden ser de dos tipos diferentes. Así, se puede observar:

- *una similitud de tendencias:* es decir, un patrón de tendencias comunes presentes en la mayoría o en la totalidad de las sociedades modernas, debido por lo general a las fuerzas de la modernización;
- *una diferencia de tendencias:* cuando una o varias tendencias caracterizan de manera única a una sociedad determinada, debido por lo general a su desarrollo histórico particular.

La perspectiva longitudinal trata también de precisar la orientación de los cambios observados, de manera a determinar si diferentes sociedades afrontan un mismo destino o un futuro común. Los trabajos han consistido a menudo en investigar:

- *la convergencia de tendencias:* cuando las tendencias sociales se desarrollan en la misma dirección;
- *la divergencia de tendencias:* cuando las tendencias sociales se desarrollan en direcciones diferentes o contradictorias.

Recientemente, nuestro interés se orienta hacia:

- *la globalización:* estudiamos las tendencias comunes a una mayoría de países;
- *la particularización:* estudiamos las tendencias que caracterizan tan sólo a determinados países.

Éstas son las tres principales cuestiones investigadas, a pesar de que otras muchas puedan surgir en el transcurso de nuestros trabajos.

1.2. Los resultados

Hasta la fecha se han llevado a cabo tres tipos de trabajos comparativos recogidos a su vez en tres publicaciones del Grupo para la CCCS. A continuación haremos un breve repaso de las principales conclusiones de dichos trabajos.

La primera publicación, titulada *¿Convergencia o Divergencia?* (Langlois y Del Campo, 1995) es un análisis —de acuerdo con el método de tendencias arriba descrito— de los cambios sociales que se producen en el seno de las sociedades industrializadas avanzadas. El estudio, que comprende dos análisis globales del cambio social, compara las orientaciones de las tendencias sociales en varios ámbitos: religión, fertilidad, autoridad personal, movimientos ecológicos, participación en la fuerza laboral y conflictos, aplicado a cinco sociedades diferentes: España, Francia, Alemania, Quebec y Estados Unidos. El estudio comprende dos análisis globales del cambio social.

El grupo para la CCCS documentó 78 tendencias diferentes, las cuales permitieron analizar la aplicación de los fenómenos de convergencia y divergencia en aquellas sociedades. Resulta difícil dar una respuesta precisa a una pregunta tan compleja como la que da título al libro. Sin embargo, la conclusión final del estudio comporta dos aspectos: la convergencia masiva de tendencias que hemos observado en estas cinco sociedades no implica que éstas afronten futuros uniformes. Con todo, sus diferencias están estrechamente relacionadas con sus mutuas similitudes* (Langlois, Caplow, Glatzer y Mendras, 1994:20). Esta conclusión se basa, entre otros trabajos, en dos síntesis comparativas independien-

tes elaboradas con metodologías diferentes, una por Lemel y Modell (1995), la otra, por Forsé y Langlois (1995).

Lemel y Modell (1995) compararon la orientación de los cambios observados en las cinco sociedades y encontraron un gran número de puntos en común, como, por ejemplo, los cambios en el estatus de la mujer, las transformaciones en el mercado laboral y la diferenciación de los estilos de vida. Pero, también notaron divergencias en la estratificación social, en las relaciones sociales, en la institucionalización de las fuerzas sociales y en las ideologías.

Forsé y Langlois adoptaron una perspectiva desarrollada por Forsé (1991) y llevaron a cabo un análisis estructural de las relaciones existentes entre las tendencias observadas en Francia y en Quebec. Por un lado, comprobaron la existencia de estructurales coherencias en las sociedades desarrolladas y destacaron la influencia de los factores económicos, cuya función parece decisiva en el cambio social. Por otro lado, la historia, la geografía y las instituciones difieren de un país a otro, lo que da origen a las que llamaron "singularidades locales", como fueron conocidas con posterioridad. Forsé y Langlois observaron, por ejemplo, que la centralización y la descentralización han tomado diferentes direcciones en Francia y Canadá, explicando así la existencia de singularidades. Estas singularidades se ven reforzadas en algunas ocasiones por la diversidad de consecuencias de una misma tendencia. Algunas veces, la misma tendencia puede tener diferentes consecuencias, lo que refuerza las singularidades. Hoy día los conflictos suelen ser más breves y localizados, reflejando estrictamente problemas locales. A pesar de que la expansión de la clase media afectó a las cinco sociedades durante el período estudiado (1960-1990), dicha expansión se reflejó de modo diferente en cada país. Por ejemplo, en Francia se produjo una reducción en la polarización ideológica (así como una pérdida de popularidad del Partido Comunista), mientras en Quebec la expansión se vinculó a la construcción de una nueva identidad nacional. La principal conclusión del análisis de Forsé y Langlois es que:

Dos sociedades que se encuentran en una etapa de desarrollo comparable se caracterizan necesariamente por un conjunto de singularidades locales. Una pequeña parte de dichas singularidades da lugar a divergencias en la evolución. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las singularidades, que persisten en mayor o menor medida, no impiden las convergencias, a pesar de que tales convergencias tengan un carácter parcial, puesto que siempre persistirán algunas singularidades (Forsé y Langlois, 1995:382).

Theodore Caplow desarrolló más adelante esta idea, proponiendo cuatro condiciones que favorecen la singularidad: 1) las tendencias comunes no son del mismo nivel numérico; 2) las tendencias comunes se dan en contextos institucionales diferentes; 3) las medidas de las tendencias (es decir, los parámetros utilizados para evaluar las tendencias) son incongruentes, pero reflejan diferencias entre las naciones; 4) los fenómenos parecen sujetos a diversos tratamientos oficiales (Caplow, 1998:12-13).

El segundo estudio, dirigido por Yannick Lemel y Heinz Herbert Noll, titulado *Changing Structures of Inequality* (en vías de publicación, 2001), analiza esencialmente las estructuras de las desigualdades —clase y estratificación

étnica, sexo y educación— observadas en las naciones industrializadas avanzadas.

El crecimiento económico, la inmigración, los cambios en el mercado laboral, en los hogares (doble ingreso, divorcio, homogenia, etc.) y en la educación, dan lugar a diversos tipos de formas de desigualdades en cada país produciendo el mismo tipo de cambios en diferentes países. Sin embargo, estas tendencias implican también grandes diferencias en el nivel de renta de las distintas sociedades. Tendencias similares, tales como el aumento del nivel de escolarización de la población, el incremento en la presencia de las mujeres en el mercado laboral, la reducción en el índice de fertilidad, la movilidad geográfica o el aumento de la inmigración, por ejemplo se combinarán de manera diferente para producir resultados diferentes en diferentes sociedades. En tales casos, la globalización y la particularización se desarrollan simultáneamente en un mismo cuadro espacial de manera concomitante. Las posiciones sociales han ido perdiendo importancia como principio estructural de la desigualdad (véase el capítulo de Kingston, Langlois, Lemel y Noll, en Lemel y Noll, en vías de publicación). Nuevas formas de desigualdad, diferentes en forma y tamaño de un país a otro —desigualdad entre las generaciones, desigualdad entre hombres y mujeres, disparidades regionales— han ganado importancia y han surgido de manera diversa en cada sociedad. La globalización y la individualización de los modos de vida han dado lugar a una combinación de varios factores comunes a las sociedades desarrolladas.

Un tercer estudio, esta vez editado por Theodore Caplow y titulado *Transforming Leviathan. The Performance of National States* (en vías de publicación), propone una evaluación del estado de desarrollo de las sociedades, en base a un enfoque original que evalúa el papel desempeñado por el Estado en el logro de algunos objetivos sociales. Tal y como figuran en las constituciones de varios países. Para poder utilizar un marco común, los autores seleccionaron algunos elementos presentes en el preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos, tales como la unión, la libertad, la defensa, la tranquilidad y la justicia social. No todos estos elementos están recogidos necesariamente en cada constitución moderna, pero representan objetivos comunes ampliamente aceptados. Cada investigación nacional consideró también ciertos objetivos específicos a su sociedad, como son, por ejemplo, la libertad, la igualdad y la fraternidad en Francia.

El libro propone una evaluación concisa y precisa de la calidad de siete sociedades industrializadas avanzadas. Los países estudiados pertenecen a América del Norte (Canadá y Estados Unidos), Europa Central (Francia y Alemania), Europa Meridional (Italia y España) y Europa del Sudeste (Bulgaria). En cada país, el punto de partida para la evaluación de la calidad del Estado y de la sociedad ha sido el examen de los valores básicos enunciados en la Constitución estadounidense. El estudio señala que el significado intrínseco de dichos valores varía de una sociedad a otra, y que los problemas derivados de dichos valores reciben diferentes soluciones en los diversos países, por lo que al fin y al cabo, ninguna sociedad puede proclamar su superioridad. De este modo, en su

conjunto, los estudios dan cabida a una amplia discusión sobre cada sociedad así como a una interesante perspectiva global.

2. Desarrollos particulares y globales

La fuerza motriz que induce a la convergencia entre las sociedades constituye la pieza clave del industrialismo, como a menudo queda reflejado en la literatura científica al respecto. Esta tesis acerca de la convergencia defiende que ciencia y tecnología son fuerzas unificadoras importantes que establecen similitudes entre las sociedades e influyen en la organización social, el consenso de valores y el pluralismo, el consumo, los requisitos educacionales, los tipos de empleo necesarios, etc. En otras palabras, se ve la modernización como la fuerza maestra que está detrás de la globalización. Los politólogos afirman que los cambios que se producen durante el desarrollo de las políticas nacionales provocan una aceleración en este proceso global (Koseneau, 1990, entre otros).

La globalización representa, con toda seguridad, uno de los desafíos más importantes del mundo moderno. Ésta se percibe como una institución supranacional cargada de promesas, y también de amenazas contra los individuos, las organizaciones, las sociedades y contra toda la humanidad. El fenómeno de la globalización ha sido objeto de análisis diferentes para estudiar el fenómeno y será gradualmente a compartir cada vez más rasgos comunes. Estos rasgos comunes pueden dar lugar a muy distintas interpretaciones, según la perspectiva adoptada: La globalización económica y cultural, la desnacionalización, las ciudades globales y el concepto de aldea global. La globalización se caracteriza generalmente por la convergencia de tendencias macroeconómicas, la apertura de fronteras, la cooperación internacional, el aumento de los intercambios comerciales y el libre comercio. Frente a la perspectiva desarrollada por los especialistas que enfatizan el papel de la tecnología o de las políticas internacionales, los sociólogos han sostenido que el proceso de globalización no sólo está ejerciendo presión para homogeneizar las sociedades, sino también para diferenciarlas (presión de heterogeneidad).

En el marco de la CCCS, esta cuestión podría ser planteada como una oposición entre tendencias comunes y tendencias particulares. Por una parte, la globalización es la expresión de tendencias comunes debido a un proceso de multiplicación de los impactos y redes mundiales. Por otro lado, la particularización connota las tendencias específicas que mantienen y refuerzan las peculiaridades y singularidades sociales. Podemos encontrar tres argumentos fundamentales que explican porqué se mantienen ciertos rasgos y tendencias particulares a pesar de la globalización: 1) existe un surgimiento paralelo concurrente de tendencias particulares y comunes; 2) algunas tendencias particulares resisten la mundialización; 3) algunas tendencias particulares surgen en respuesta al proceso de globalización.

2.1. Los procesos societales de un surgimiento paralelo de tendencias particulares y comunes en las sociedades modernas

Un mismo proceso social podría ser el origen de una tendencia que oscilase tanto hacia la globalización como hacia la particularización.

- Uno de los ejemplos más llamativos de la globalización es, sin lugar a dudas, el proceso migratorio mundial. La migración es la expresión de una creciente movilidad en los seres humanos, ya sea por motivos de opresión o atracción política o económica. Pero también se puede considerar la migración como una contribución significativa a la existencia de rasgos o tendencias particulares.
- Primero: Los índices de inmigración en cada país condicionan su carácter heterogéneo. Algunos países tienen altos niveles de inmigración, frente a otros con niveles inferiores. En Europa, por ejemplo, Alemania es el país que atrae a un mayor número de inmigrantes. En el resto del mundo, Canadá es probablemente el país que presenta en la actualidad los mayores niveles de migración internacional, seguido por Australia y Estados Unidos.
- Segundo: Las razones que motivan la emigración varían según la cultura del país de origen y tienen que ver las diferencias culturales. Así, por ejemplo, un trabajador invitado y un refugiado político de los Balcanes emigrarán por motivos muy diferentes.
- Tercero: En algunos casos, la población inmigrante desarrolla diferentes identidades étnicas en el seno de la sociedad que los acoge formando así una variedad de subgrupos.
- Cuarto: Existen diferentes modelos de integración, como queda reflejado en las políticas canadiense y australiana de multiculturalismo, y en el modelo de integración adoptado por Francia. Son particularmente significativos los permisos restrictivos sin concesión del derecho de ciudadanía, que contrastan con otro tipo de permisos que conllevan eventualmente la concesión de la misma ciudadanía.
- Quinto: La sociedad que acoge a la población inmigrante reacciona de manera diferente a las necesidades de la población extranjera. No solamente existen regulaciones formales que deben ser tenidas en consideración, sino también relaciones informales que oscilan entre la aceptación y el apoyo, el prejuicio o el rechazo.

Todos los países considerados evidenciaron numerosas variaciones con respecto a estas dimensiones. Como es evidente, la intensificación de la migración global viene acompañada por un mayor número de diferencias entre las sociedades. Las políticas de defensa de la pluralidad cultural, integración o completa asimilación en el país de acogida ilustran estas diferencias, como lo demuestra

la existencia de esfuerzos dirigidos a anular determinadas reglas internacionales de migración en beneficio de reglas nacionales. En este ejemplo de migración como proceso de globalización, uno puede observar, sin lugar a dudas, un gran número de fuentes de particularización.

2.2. La resistencia de algunas tendencias particulares resistentes a la globalización

A pesar del impacto de la globalización, los procesos históricos que han ido teniendo lugar en cada país con el transcurso del tiempo se han mantenido a pesar del impacto de la mundialización. Este fenómeno se da particularmente cuando nos encontramos con tendencias sociales complejas, como sucede con la distribución de las rentas. Con el paso del tiempo aparece un cierto grado de desigualdad en la distribución de los ingresos. Hubiese sido de esperar que la globalización económica y social hubiese conducido a la equiparación de las rentas a nivel mundial y que la libre circulación de bienes y servicios a nivel internacional hubiese contribuido a este desarrollo, reforzando al mismo tiempo la hipótesis de que la mundialización económica y social llevaría a una convergencia de la distribución del ingreso, y que el intercambio internacional de capital y mano de obra contribuiría a ese desarrollo y ejercería cierta presión al respecto. De momento, ninguna nación puede escapar al mercado mundial. Sin embargo, la distribución de los ingresos depende de una serie de factores que varían de manera independiente:

- de la distribución primaria, en la que influyeron los poderes comerciales, los movimientos gremiales sindicales y las estrategias empresariales, a pesar de que las diferencias salariales se hayan mantenido más bien estables;
- del sistema de redistribución, que se ha ido desarrollando durante el último siglo, y en el caso de algunos países como Alemania, a lo largo de más de 100 años. Los sistemas de distribución pueden ser diferentes, como lo demuestran los análisis contemporáneos de los Estados de Bienestar (véase Esping-Anderson, 1990);
- de la distribución secundaria, que varía de acuerdo con el tamaño y la composición de cada hogar, su fuerza de trabajo y sus fuentes de ingresos.

Entre los países estudiados, la distribución de las rentas disponibles (tras la aplicación de los impuestos) es más equitativa en Alemania o Canadá que en Estados Unidos. Los estudios demuestran que, desde que se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) (*North American Free Trade Agreement, NAFTA*) a principios de los años noventa, se ha producido un aumento importante en la desigualdad de renta en Estados Unidos, pero no así en Canadá. En un estudio comparativo de Estados Unidos y Canadá, Wolfson y Murphy concluyen que: «Con respecto a los ingresos familiares, el resultado

más sorprendente es que, al considerar los márgenes de sus respectivos niveles de renta, una gran parte de las familias canadienses estaba en mucha mejor posición en 1995, a diferencia de los estadounidenses teniendo en cuenta sus niveles respectivos de ingresos» (1998:17). Sin embargo, los autores añaden que existe una convergencia relevante entre los dos países. Ambos evidenciaron una caída de las rentas medias de los hombres en el mercado laboral, así como un aumento sustancial del promedio del nivel de los ingresos medios de las mujeres en el mercado laboral. Wolfson y Murphy también observaron una importante convergencia en las tendencias del mercado laboral, en contraste con análisis comparativos anteriores, que señalaban tendencias divergentes. Cuando se lleva a cabo la comparación de dos sociedades, vemos que la existencia de rasgos convergentes viene acompañada, en la mayoría de las ocasiones, por una serie de rasgos divergentes correspondientes.

También es importante considerar las reacciones adicionales de los gobiernos y ciudadanos. Actualmente los gobiernos tienden a adoptar políticas neoliberales y a aceptar una mayor desigualdad en la distribución de las rentas, pero no siempre ocurre lo mismo con la población, aunque podemos encontrar con algunas excepciones. Pongamos un ejemplo: la mayor desigualdad en la distribución de los ingresos se observa en Estados Unidos; sin embargo, los estadounidenses no reclaman cambios radicales. En el caso de Alemania, pese a contar con una distribución de ingresos más bien equitativa, los sondeos demuestran que la población apoyaría una igualdad de ingresos aún mayor.

Otro ejemplo que ilustra la importancia de la resistencia a la tendencia homogénea de la globalización es la especificidad cultural defendida en Francia y Canadá. Los acuerdos internacionales de comercio tienden a abolir las barreras tarifarias así como otros obstáculos que interfieren en la libre circulación de bienes. Ambos países defendieron la opinión de que las producciones culturales deberían ser excluidas de este acuerdo con el fin de proteger las industrias locales, quien, de lo contrario, padecerían la invasión de producciones de otros países más importantes, principalmente Estados Unidos. Asimismo defendieron la opinión de que los gobiernos deberían dar su apoyo financiero a las producciones culturales locales con el fin de proteger su propia existencia.

2.3. El surgimiento de tendencias particulares como respuesta a problemas globales

La nación sigue siendo una importante unidad decisional. Las soluciones políticas, en lo que a resolución de problemas se refiere, surgen de acuerdo con la historia, las estructuras y las instituciones particulares de un determinado pueblo. Las respuestas procedentes de las instituciones supranacionales son modificadas de acuerdo con los intereses y las tradiciones nacionales. Los Estados-Nación han establecido procedimientos con el fin de resolver problemas globales, como sucede en el caso del sida. Pese a que el sida sea considerado como una amenaza a nivel mundial y que haya sido definido en varias conferencias sobre el tema como un producto derivado de la comunicación y de la

movilidad global, las reacciones frente al descubrimiento de esta enfermedad difieren enormemente unas de otras:

- Las políticas sanitarias varían de un país a otro, y en muchos casos, incluso a nivel nacional, de unas regiones a otras en un mismo país. En Estados Unidos y Canadá, ésta es una responsabilidad de los gobiernos estatales o provinciales. En el caso de Alemania, el Estado de Bavaria desarrolló su propio programa de lucha contra el sida, siendo incluso más estricto que el mismo programa del gobierno central. Francia adoptó un enfoque epidemiológico y exigió que se registraran todos los casos.
- Con el tiempo, las organizaciones comunitarias no gubernamentales, cuyo grado de responsabilidad varía de unos países a otros, se han hecho cargo de los afectados. Sus responsabilidades varían de un país a otro.
- Los seguros médicos de cada país han ofrecido diferentes tipos de ayuda a las víctimas del sida. En Estados Unidos, por ejemplo, el seguro nacional no lograba atender a los millones de afectados por la enfermedad, por lo que se crearon varios grupos de ayuda en un corto espacio de tiempo para cubrir esta necesidad. En cambio, en Canadá, todos los casos de sida son atendidos por el sistema público de salud.
- En algunos países como Estados Unidos y Alemania, por ejemplo, el alojamiento de los enfermos víctimas de sida quedó asegurado mediante la adopción de leyes contra la discriminación.

La aparición del sida ha provocado diversos tipos de reacciones, debido, entre otros motivos, a que nos encontramos ante un problema endémico de zonas culturales muy bien definidas. En muchas de las zonas culturales afectadas, las reacciones ante esta problemática han sido las mismas. Así, por ejemplo, el sida fue considerado en un principio un problema exclusivo de los grupos homosexuales, aunque posteriormente se amplió el grupo de riesgo incluyendo a otros grupos marginales como los drogadictos y las prostitutas; poco después fue considerado una amenaza para toda la población. A pesar de la diferencia en las reacciones experimentadas en cada uno de los países incluidos en nuestro estudio, el resultado final no ha variado excesivamente. A lo largo de la década de los noventa, el número de afectados por el sida se mantuvo, con lo que la amenaza de una rápida propagación de la enfermedad se desvaneció gracias al éxito de los tratamientos médicos principalmente. Este hecho, que se produjo en primer lugar en aquellos países más industrializados, aún constituye una solución lejana en el continente africano, donde una gran parte de la población muere a causa de esta enfermedad. Éste es el motivo por el que hoy en día podemos hablar de la existencia de la enfermedad en dos etapas. Si hubiésemos dado cabida en nuestro estudio al resto de los países del planeta, es muy posible que la visión de conjunto acerca de las reacciones nacionales y culturales hacia el sida hubiese sido muy diferente.

El surgimiento de nuevos problemas siempre genera un interés especial ya que éstos participan del proceso político a través de factores nacionales y mo-

vimientos sociales. Es el caso, por ejemplo, de los movimientos ecológicos y antinucleares. Si bien se trata de una realidad común a la que se enfrentan todas las sociedades, las reacciones son diferentes en cada país, como se puede comprobar por el desarrollo desigual de los movimientos ecológicos en Francia y Alemania, países vecinos con problemáticas similares: Los movimientos antinucleares han sido testigos de una gran proliferación, mientras, por el contrario, apenas son relevantes en Canadá y los Estados Unidos. El grado de institucionalización de este tipo de movimientos varía dependiendo del país (Fréchet y Wörndl, 1993). Éstos son algunos buenos ejemplos de las soluciones y las tendencias particulares propias a la problemática de la globalización.

3. Conclusión

No cabe duda de que existe una tendencia hacia la globalización definida en términos de estructuras comunicativas, económicas y políticas. Es posible que la globalización constituya el aspecto más importante del nuevo mundo que evoluciona a las puertas del tercer milenio, pero no tenemos pruebas de que esta globalización sea el medio para conseguir una sociedad mundial que pueda compararse con las sociedades nacionales del pasado. El motivo no es únicamente que la población influya en la calidad de cada sociedad, sino que algunas tendencias implican también una serie de particularidades.

Aunque el proceso de globalización sea una realidad, todo contexto social (sociedad o área) conlleva un cierto grado de originalidad. Son tres los argumentos que apoyan esta teoría: por un lado, algunas tendencias comunes y particulares surgen al unísono, por otro lado, algunas tendencias particulares perduran a pesar de las tendencias globales, y finalmente, ciertas tendencias particulares emergen como respuesta a las tendencias globales. Nuestro estudio tiene varios puntos en común con el trabajo de Waters, quien tras proceder a la revisión de la literatura sobre la globalización explicó que «supone una compleja combinación de tendencias precursoras de la homogeneización y la diferenciación» (Waters, 1995:139-140).

Estos argumentos son válidos únicamente en el caso de los países industrializados más avanzados, ya que si hubiésemos incluido en nuestro estudio países de todo el mundo, los resultados hubiesen sido más dramáticos. No debemos temer que el mundo vaya a convertirse, en un futuro, en un mundo global homogéneo, ya que siempre conservará una combinación de particularización y globalización.

Referencias bibliográficas

- BALLERSTEDT, Eike y GLATZER, Wolfgang (1975): *Soziologischer Almanach*, Frankfurt y Nueva York, Campus Verlag.
- BARTLESON, Jens (2000): «Three Concepts of Globalization», *International Sociology*, volumen 15, n° 2, pp. 180-196.

- BRÜCKER, Jens; HARTMANN, Dorothea M.; HUFH, Susanne; MOHLE, Marion; ROCCO-LETTI, Claudio; BEUER, Jürgen y BÖS, Mathias (2000): *Diffusion und Globalisierung—Empirische Indikatoren und Fallstudien*, Francfort del Meno, Forschungsbericht.
- BOUTENKO, Irena y RAZLOCOV, Kirill (eds.) (1997): *Recent Social Trends in Russia 1960-1995*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
- CAPLOW, Theodore (1988): "The Comparative Charting of Social Change in Advanced Industrial Societies", *European Studies Newsletter*, n° XVII, 5 de abril, pp. 1-5.
- (1998): "Trends and Contexts. The Principle of Singularity", *International Journal of Comparative Sociology*, n° 39, 1, pp. 4-15.
- (en prensa): *Transforming Leviathan. The Performance of National States*.
- , BAHR, Howard; MODELL, John y CHADWICK, Bruce (1991): *Recent Social Trends in the United States 1960-1990*, Francfort del Meno, Campus Verlag y Montreal, McGill-Queen's University Press.
- CHARALAMBIS, Dimitris; ALPFRANTI, Laura y HADJIANNIS, Andromaque (en prensa): *Recent Social Trends in Greece 1960-1995*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
- CLARK, Ian (1997): *Globalization and Fragmentation. International Relations in the Twentieth Century*, Nueva York, Oxford.
- DEL CAMPO, Salustiano (dir.) (1993): *Tendencias Sociales en España (1960-1990)*, volúmenes I, II, III, Bilbao, Fundación BBV.
- DIRY, Louis (1985): "Pour un tableau tendanciel de la société française: Un parti de recherche", *Revue française de sociologie*, n° 3, julio-septiembre, pp. 389-408.
- ESPING-ANDERSON, Gosta (1990): *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Cambridge, UK, Polity Press.
- FORSÉ, Michel (1991): *L'analyse structurelle du changement social. Le modèle de Louis Diry*, París, Presses Universitaires de France, Col. Le sociologue.
- , JASLIN, Jean-Pierre; LEMEL, Yannick; MENDRAS, Henri; STROCIET, Denis y DÉCHAUX, Jean-Hugues (1993): *Recent Social Trends in France 1960-1990*, Francfort del Meno, Campus Verlag y Montreal, McGill-Queen's University Press.
- y LANGLOIS, Simon (1995): "Análisis estructural comparado del cambio social en Francia y en Québec", en Simon Langlois y Salustiano del Campo (eds.), *¿Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industrializadas?*, Madrid, Fundación BBV, pp. 345-386.
- FRÉCHET, Guy y WÖRNDL, Barbara (1993): "The Ecological Movement in the Light of Social Movement's Development. The Cases of Four Contemporary Industrialized Societies", *International Journal of Comparative Sociology*, n° 34, 1-2, pp. 56-84.
- GENOV, Nikolai y KRASOVA, Anna (eds.) (1999): *Recent Social Trends in Bulgaria 1960-1995*, Sofia, National and Global Development (también publicado en Montreal, McGill-Queen's University Press, 2000).
- GLÄTZER, Wolfgang; HONDRICH, Karl-Otto; NOLL, Heinz-Herbert; STIEHR, Karin y WÖRNDL, Barbara (1992): *Recent Social Trends in the Federal Republic of Germany 1960-1990*, Francfort del Meno, Campus Verlag y Montreal, McGill-Queen's University Press.
- HAY, Colin y MARSH, David (eds.) (2000): *Demystifying Globalization*, Nueva York, St. Martin's Press.
- FIELD, David et al. (eds.) (1999): *Global Transformations. Politics, Economics and Culture*, Cambridge, Polity Press.
- KOHN, Melvin L. (1987): "Cross-national Research as an Analytic Strategy", *American Sociological Review*, n° 52, diciembre, pp. 713-731.
- LANGLOIS, Simon; BAILLARGON, Jean-Paul; CALDWELL, Gary; FRÉCHET, Guy; GAUTHIER, Madeleine y SIMARD, Jean-Pierre (1992): *Recent Social Trends in Quebec 1960-1990*, Francfort del Meno, Campus Verlag y Montreal, McGill-Queen's University Press.
- y DEL CAMPO, Salustiano (1995): *Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales*, Madrid, Fundación BBV.
- LEMEL, Yannick y MODELL, John (1995): "¿Existe un patrón único de evolución social?", en Simon Langlois y Salustiano del Campo (eds.), *Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales*, Madrid, Fundación BBV, pp. 67-118.
- y NOLL, Heinz Herbert (eds.) (en prensa): *Changing Structures of Inequality*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
- MARTINELLI, Alberto; CHIESI, Antonio y STEFANIZZI, Sonia (1999): *Recent Social Trends in Italy 1960-1995*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
- ROSENEAU, M. (1990): *Turbulence in World Politics*, Princeton, Princeton University Press.
- TOMLINSON, John (1999): *Globalization and Culture*, Chicago, The University of Chicago Press.
- WATERS, Malcolm (1995): *Globalization*, Londres, Routledge.
- WOLFSON, Michael C. y MURPHY, Brian (1998): "New Views on Inequality Trends in Canada and The United States", *Monthly Labor Review*, abril, pp. 4-23.